



Las cortas visitas

JESÚS EDUARDO MORALES HERNÁNDEZ



Las cortas visitas

JESÚS EDUARDO MORALES HERNÁNDEZ



2019



María Eugenia Campos Galván

Presidenta Municipal

Rebeca Alejandra Enríquez Gutiérrez

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Flor de María Navarro Pastrana

Gustavo Macedo Pérez

José Iván Cruz Estrada

Arturo Loera Acosta

Victoria María Montemayor Galicia

Luis Fernando Rangel

Consejo Editorial

Ramón Alejandro Carrillo Mercado

Programa Editorial

Ⓣ/CreaturaEstudio

Diseño y maquetación

Nubia Abish Valenzuela Rascón

Corrección de estilo

Angélica Chávez Blanco

Arte de portada

Categoría

Soltar las Amarras

D.R. Instituto de Cultura del Municipio

Coordinación de Fomento a la Lectura y

Programa Editorial Municipal

Av. Teófilo Borunda Norte # 1617

Chihuahua, Chih. C.P. 31000



PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2019



PRESENTACIÓN

A través de la palabra, los escritores reconstruyen la realidad en la que vivimos y la hacen inmortal. Como bien lo expresó el gran Juan Rulfo: “Recrear la realidad es, pues, uno de los principios fundamentales de la creación”.

Es un honor presentar el resultado del programa editorial del municipio de Chihuahua, que ha consolidado el trabajo y el talento de las mentes y las hábiles manos escritoras de chihuahuenses, que a través del Instituto de Cultura Municipal, han plasmado en estas páginas las realidades, las emociones y las experiencias de quienes habitamos en esta maravillosa ciudad.

Esperamos que todos los lectores encuentren entre las líneas de estas obras, la verdad que todos los chihuahuenses compartimos, y que sean la oportunidad para crecer como comunidad en cultura y hermandad.

María Eugenia Campos Galván

Presidenta municipal

*Las historias me tocan la espalda y me dicen:
«Cuéntame, que valgo la pena».*

Eduardo Galeano.

La aptitud para reinterpretar nuestra realidad por medio de la palabra, nos ha permitido vernos en el otro y reconocer nuestras similitudes, a pesar de la diferencia. El ejercicio de la lectura nos ha llevado a generar empatías con personajes extraños en escenarios lejanos y situaciones nunca antes imaginadas, para luego retornar y encontrarnos nuevamente a nosotros mismos.

Ese despliegue de la imaginación, no solo enriquece nuestra capacidad de percibir el mundo, también nos estimula a ennoblecer nuestro entorno y así crear entre todos, una historia que valga la pena ser contada.

En esta colección damos lugar a historias que nos han tocado la espalda, por haber nacido en esta ciudad, en nuestras calles y entre nosotros, así como por esa admirable virtud de transportarnos a otras posibilidades. Enhorabuena.

Rebeca Alejandra Enríquez Gutiérrez
Directora del Instituto de Cultura del Municipio

PRÓLOGO

Con una tremenda naturalidad, *Las cortas visitas* es un libro profundo y simple; una mirada apasionante a las ocurrencias casuales de la condición humana. Además, cada pueblo sugerido parece representar un personaje —en sí—; como en los libros de los grandes maestros de la literatura rural.

Jesús Eduardo —como escritor formado en academias, lecturas y andanzas— prioriza los elementos que espera entrañar, y —aun cuando se experimenta una clara vinculación situacional entre los textos— podemos hacer una revisión cercana de los aspectos formales que le aportan su magia a cada cual. Mientras que, en algunos casos, el lenguaje es transparente y llano, permitiendo que la anécdota salte de las páginas como una bestia sorprendida en su morada subterránea; otras, nos encontramos con expresiones etéreas y preciosistas, acariciantes apenas del escucha más intrépido, con anécdotas que simulan hacerle compañía a los diálogos y descripciones tan rutilantes.

De cierto modo, el libro que hoy tenemos entre manos, nos recuerda la importancia de reconocer la literatura como una experiencia hedonista, epistémica y espiritual. Tomar *Las cortas visitas* como una mera casualidad literaria, sería restarle mérito a los procesos tan concienzudos que el autor debió transitar; desde plantear el abordaje de las historias, su reminiscencia histórica, elegir las condiciones del narrador (y su postura), hasta encontrar las palabras óptimas en las situaciones presentadas, se admira un trabajo de mucha paciencia y madurez.

Tenemos aquí un libro que no desdeña el pasado, sino que lo afronta con una mirada noble y permisiva. Incluso, los elementos que conforman posturas tradicionalistas consideradas en la actualidad como anticuadas -o hasta peyorativas-; Jesús Eduardo los convierte en hallazgos que magnifican las intenciones y el impacto de los cuentos. Así, el cielo y la tierra vuelven a conectarse con el misterio, y no hace falta creer para que las cosas ocurran.

Entre frases que parecen nacidas de una antigüedad fiera, ardorosa y latente, el autor se apropia de la realidad y la desparrama con habilidad sobre las páginas, como si se tratara de meras argucias de una memoria lucida y estimulante. Como si cada anécdota la contara una voz que viene de todas partes y todos los tiempos -pero que finge desconocerlo todo.

Así, la duda se presenta en el libro a manera de adhesivo, arrastrando a propios y extraños en una vorágine simultánea; donde los personajes dan la impresión de mirar hacia afuera. Donde habitamos los lectores, crédulos, embelesados por las texturas diversas y fascinantes de las palabras.

Cada cuento es una puerta que se abre sin aviso. Y así -con la misma brillante espontaneidad- familias, viajeros y fantasmas, danzan en brazos de un lenguaje extremadamente sutil, pero con el dejo tosco y casi tierno de un suspiro en el desierto.

Jesús Eduardo nos encamina por senderos que se nos presentan casi propios; vívidos. Mientras leemos, hay que saborear a veces el coraje, el enigma, la risa, el llanto; porque en *Las cortas visitas*, el destino es un terregal de ida y vuelta, que guarda en silencio el final de las historias.

Gerardo Robles

Las cortas visitas

JESÚS EDUARDO MORALES HERNÁNDEZ

*A mis padres: María Elena y Jesús,
primeros cuentistas de mi vida.*

¿A DÓNDE SE HA IDO?

No ha habido, hasta hoy, ningún camino como el de llegada al pueblo. No puedo explicar la razón, pero la gente lo sabía, sabía bien que el camino de la ciudad al pueblo era muy singular en sus anchas.

El reportero no habría emprendido un viaje tan rastrero si no se fuera a morir pronto, pero él no sabía eso. En los pueblos del norte, el destino ya no es respetado, aquí se le trata como a cualquier zorrillo. Y eso era lo que el reportero buscaba, una libertad tan completa que fuera capaz de burlarse hasta del destino. Era quizá el lugar adecuado para eso, pero él nunca supo los medios. Nadie sabe por qué vino ese fulano. Al principio no se hicieron muchas preguntas porque a la gente del pueblo le encantan las visitas, o al menos eso dicen a los periódicos (luego andan chismeando entre vecinas sobre el desprecio a los extranjeros, luego andan quejándose entre compadres sobre la intranquilidad provocada por los foráneos, pero a la gente de este pueblo le encantaban y les encantan las visitas). Llegó por el singular camino y, por ende, llegó singular él.

En su estancia en el poblado, el reportero solo tuvo un amigo, pero no tuvo amores, ni hijos, ni mascotas, ni confesor siquiera. Si vienen a preguntar sobre el reportero, mejor recuerden el nombre, porque aquí se nos olvidó. Su amigo era el hacendado Guillermin, antes conocido como San Guillermin, hasta que se cambió el nombre. Si vienen a preguntar por el hacendado, díganle Guillermin, porque si le dicen San Guillermin les zampa un plomazo entre los ojos sin miramiento alguno.

Ese hacendado había perdido, a fechas recientes, mucho dinero en las barajas y por culpa de eso ya no le pudo pagar la boda a

su hijo. El hijo del hacendado hasta hacía poco se había enterado de que su padre era Guillermin. El hijo se llamaba Agustín, muy listo el chaval, cualidad heredada de su madre, una sirvienta del hacendado. No importaba que Agustín fuera un bastardo, porque era en extremo vivo, de los primeros huidizos de pueblo a la ciudad. Pues total que su papá ya no le pudo financiar la boda, ni le reveló su parentesco (él lo descubrió por sus propios medios), ni le dio la bendición a la hora de su partida. Agustín se fue solito para la ciudad porque necesitaba convencer a la conciencia. Eso dijo a su madre. Cosas de hombres.

Les cuento sobre Agustín y Guillermin, como un ejemplo de lo mucho que –dicen– el reportero escribió, junto con otro montón de chismes de pueblo en un cuadernito con pastas de latón, de esas antigüedades de medio siglo. Al reportero, el pueblo le sabía a magia. Decía: “Tengo más historias que en la casucha de Gaboredo”. Nadie sabe quién diablos era Gaboredo, pero todos le sonreíamos cuando decía eso. Me da poquita pena contar la historia del periodista, porque no soy ni pueblerino, ni cuenta cuentos. Se trataba de un lagartijo, así es, de un lagartijo humano. Un licenciado de esos que son más buenos para los números que los ingenieros, calculador el muchacho. Se me truena la garganta con el esfuerzo, porque se trata de una pérdida muy cuantiosa, el pobrecito vino con sueños y se llevó arenas. Ya ni me acuerdo del periódico en el que trabajaba, ya ni me acuerdo de su nombre.

Para Guillermin fue más sencillo, porque se le cruzó el lagartijo como mandado desde el cielo. Guillermin era muy borracho y muy apostador, pero muy rico también el bigotudo. Guillermin era hacendado y poseía una quinta allá cerca de los límites municipales. A una milla de sus sembradíos compró y reconstruyó un edificio en

terrenos vecinos que había servido de granero y caballeriza, y puso una fábrica de hilados donde trabajan las más minuciosas mujeres. Guillermin se paseaba los martes y jueves por su finca, y los lunes y los miércoles por su fábrica; le gustaba hacerle al patrón pomposo y hasta se ponía espuelas, aunque no montara. Esas extravagancias eran de familia; su esposa, por ejemplo, era una señora aficionada al lujo y a la música ranchera. La mujer podía combinar un sombrero de plumas con un pantalón de mezclilla. Todo un caso la patrona Casilda. Y cuento esto para dar otro ejemplo de lo contenido en la libreta de pastas de latón. Esas semblanzas fascinaban al reportero.

Nadie sabe a ciencia cierta cuándo llegó el reportero, pero en las fechas de los velorios de las reinas tejedoras (que así han sido recordados hasta nuestros días) ya estaba aquí el señor fideo. Los testigos dicen que el reportero llegó desde antes al hotelito “Polinesio”; que se salió y se fue directito a la cantina. Ahí conoció a Don Guillermin, o más bien Guillermin lo salvó de una golpiza. Guillermin se ufanaba en secreto de no amar a su pueblo, pero la verdad es que en el norte, la gente se encariña mucho con la tierra, demasiado. Lo que sí puedo afirmar es que las personas querían a Guillermin y él a veces también las quería.

–Uno no puede ser tan preguntón –le aclaraba Don Guillermin al reportero, luego de haberlo sacado de una riña de cantina–, aquí la gente es bien caraja... y eso es bueno. ¿Vienes de Chihuahua? ¿Qué buscas?

El pobre reportero no cabía en la retórica de los rancheros. El agua, en el cuerpo de la gente del norte, se nos evapora en las vísceras y nos enseña a traer el azufre encendido. Así es la gente desértica, con mucha sed, pero no se nos nota (y así es nuestro carácter también). Por eso Guillermin era agresivo hasta con su gente amada. Y al

visitante de la urbe, se le ha de haber figurado bueno para amigo, porque Guillermin era solitario. Guillermin habló mucho esa noche en la cantina, escupió reproches contra su mujer, contra su sirvienta y contra su único e ilegítimo hijo. A nadie le gustaba oír cómo un rico se lamentaba, porque todos pensaban que sus males eran mínimos en comparación a lo propios, ¿de qué se puede quejar un rico? Pero el reportero sí lo escuchó y con orejas de coyote.

Cuando llegó la mañana, Guillermin cayó de la silla e hizo del piso su cama. Dormía el viejo con la meiosis atrasada, con la cerveza y el sotol luchándole en el estómago para ver cuál fermentaba más pronto. Al reportero le preocupó al instante, pidió ayuda, la gente se rio, nadie en su sano juicio auxilia a un rico sin robarle la cartera. Pero el reportero sí, porque era un virgencito, uno mimo sin maquillaje, raro rarísimo.

A quien nunca ha recibido atenciones y de repente las consigue, se le sube la sangre a los pómulos y le da la epifanía. Así le pasó al Don Guille, cuando apareció en una habitación del “Polinesio”.

—Le digo que usted caminó, Don Guillermin —le decía el reportero muy sonriente—. ¿Apoco no se acuerda? Borracho, pero caminó...

El reportero no pasó una noche más en el “Polinesio”. Don Guillermin lo hospedó allá en su quinta. ¡Ah, pobre de Don Guillermin! la primera vez que se decide a ser bueno y le manda el cielo los truenos con todo y funda.

Pasaron varios días y se le veía al reportero fascinado con el estilo del pueblo. Se iba al quiosco a comprarse nieve, jugaba futbol con los chavalos y hablaba por horas con los vendedores de piedras de la mina. Lo cierto es que se mantenía apuntando en su libretilla todo lo que oía. Pero no a todos les gustaba su presencia. Por ahí andaba Don Cuco y sus dos hijos, los Molinar, aquellos quienes por

poco lo escarmientan en la cantina. Los Molinar lo querían fuera, lo veían como un espía, una amenaza que engañaba a todos. No les digo la sarta de mentadas de madre que le enviaban sin sobres a Guillermin, solo porque el vejete hospedaba al reportero (los Molinar son gente remilgosa, siempre lo han sido acá, chapuceros que se consiguen por esposas a las únicas como ellos). Don Cuco le tenía envidia a Guillermin desde antes de haber nacido, siempre buscaba pretextos para ensuciarlo en las lánguidas mentes de los vecinos y no desaprovechó esta oportunidad.

–Oiga compañero, ¿qué tanto escribe? –uno de los hermanos Molinar llegó comiéndose un cono de helado de vainilla y se sentó junto al reportero en una de las bancas del parque. Curiosamente la nieve y los lengüetazos acentuaban la sombra en sus mejillas afiladas.

–Buenas, Molinar –contestaba el reportero con más cordialidad que gusto–. Pues fácil, ustedes no se dan cuenta, pero aquí pasan cantidad de rarezas. Aquí las cosas andan nuevas, novísimas.

–No me diga –se quedaba Molinar contento con haber atinado la respuesta antes de que siquiera se hubiera pronunciado. Entonces tiró la propia frase, como si anduviera lazando cochinos– ¿Y sabe por qué no nos damos cuenta?

–Porque viven aquí, supongo que se acostumbran.

–No, compañero. No nos damos cuenta porque no queremos darnos cuenta.

Molinar se levantó entonces y sonrió por lo bajo, se ajustó el sombrero y dio la espalda, bien contento de haber ganado un duelo en donde, sin saberlo, era el único participante. A los Molinar les gusta ganar, por eso a veces se inventan juegos donde compiten en solitario. El reportero no sabía ni pizca de a qué se refería el

ranchero. Mejor ni contestó nada, pero eso instó a Molinar a echar una última hablada.

—Aquí no nos gusta que nos tomen por animales de zoológico. Ándese con cuidado... y de compañero a compañero, le aconsejo que vaya a buscar sus historias a otro lado.

Quizás algo de razón tendría el hermano Molinar, porque para entonces andaban sonando mucho esos libritos de cuentos sobre pueblos bien locochones, con fantasmas y brujerías, de magias que, bueno, carecen de todo sentido. Creo que todo pasó en marzo del sesenta y ocho, yo la verdad para eso de las fechas soy medio tarugo. Si el reportero estuviera con vida, ese sí se acordaría, ya ve que le digo que era rebueno para los números. Yo la verdad creo que el reportero se engolosinó con esos menjurjes. A mí, el primer día que llegó aquí, me contó bien emocionado que ahora sí podría escribir su libro, que se iba a echar una serie de reportajes para el periódico, que ahora sí iba a salir de ser un lagartijo jodido, que ahora sí tenía material, que ahora sí le iba a ganar al Juancho. Yo ni sé quién es el Juancho, como tampoco sé quién era el otro Gaboredo, la verdad es que el ciudadano también estaba bien locochón, como salido de esos pueblitos de los que leía y que nadie le advirtió que no existen. Me da mucha pena el iluso. Yo por eso cuento la historia, porque me da mucha pena y quizás así, de merita casualidad, yo le esté atinando al gordo y esté contando la historia que a él le hubiera gustado contar.

Para entonces aquí todo pintaba próspero, todos decían que por fin venía haciendo justicia la revolución. Yo no me explico a ciencia cierta qué fue lo que pasó, pero de seguro la explicación final ha de remitirse a algo tan mundano como la envidia. Hacía diez años, Don Guillermin había rechazado a Don Cuco y su propuesta de invertirle juntos a dos centenares de cabezas de ganado. A

Guillermín no le dio confianza (con justa razón) y mejor decidió invertir y construir la fábrica de hilados. Por puras malas decisiones familiares, los Molinar venían dilapidando desde hacía unos cinco años la moderada fortuna que poseían. Al viejo Molinar le pegaba en el hígado ver cómo a Don Guillermín le bastaba y sobraba plata para atragantarse con sus caprichos. Alimentados con los odios añejos del padre, los hermanos Molinar habían crecido creyendo que aquel pacto ganadero roto era la causa de su decadencia. El mero contubernio entre Don Guillermín y el reportero, hacía que los Molinar odiaran al segundo por obvia asociación. Si bien el reportero terminó fungiendo como el pretexto perfecto para que se armara la cachetona, nuestro lagartijo también vino activando una palanquita bien ardorosa: la curiosidad. Los Molinar no podían con la curiosidad: “¿Qué tanto escribía el reportero en su libreta? ¿Cómo nos ven los ojos foráneos?”. Estaban seguros de que de la libretita de pastas de latón no podrían salir más que puras ofensas, pero ¿qué tan ofensivas?

Al reportero la sugerencia de que se fuera le había valido muy poco. Los hermanos Molinar, retorciéndose en sus dudas malintencionadas desde la cornisa de su hogar, se quedaban las horas vigilándolo, checando cómo la sombra proyectada por el montecito de la catedral no cubría siquiera el asiento de aquél que escribía y escribía. Esto lo supe mucho después, cuando ya toda la cloaca quedó destapada:

–Ni siquiera tiene sombrero, ¿cómo no le cala el sol? –decía el hermano menor rasguñando los dientes.

–Hoy anduvo con la Goyita, preguntándole por qué se fue el Agustín.

–¿Cómo sabes?– le preguntaba el mayor con las orejotas bien levantadas.

–Los vi afuera de la tiendita. Él le ayudó con la canasta, se fueron para la casa del SanDón– le apodaban por lo secreto a Don Guillermin “SanDón”, por aquello de su antiguo nombre.

–Mira nomás a este flaquito, ahora también ayuda a las sirvientas –raspó el muchacho el suelo con lo plano de su bota–. Qué buen jale haces, hermanote, te enteras de todo.

–No. Como te caería que el visitante ya se supiera más chismes que los que somos de acá. Que sepa más que nosotros –se secó el sudor de la frente con un pañuelo sacado de la bolsa trasera de su pantalón–. Dices que yo me entero. Cabrón, él se entera de más.

Para entonces ya estaba resuelto. No hay que subestimar berrinches. Los hermanitos Molinar se lanzaron en picada y fueron a arrebatarle la libreta al reportero. Se armó la cachetona, como bien preví. El escritor manoteó buscando recuperar lo suyo, pero no lo consiguió. Entonces, entre las burletas de los dos rancheros, al alfeñique se le ocurrió lanzar su mejor puñetazo. Nada mal para un ciudadano flacucho. Y le pegó al mayor. Y le pegó el menor. Y le pegó el mayor. Y mejor no lo hubiera hecho. Y mejor ya le rompimos la crisma al reportero. Y mejor ya llegaron los gendarmes. Y mejor ya le paramos al carro. Y mejor ya desapareció la libreta. Y peor ya se disolvió la bola. Y peor aquí no hay culpables, aquí no hay ladrones.

La libreta se perdió entre la boruca, pero era indiscutible que la escondieron los Molinar. Regresó el periodista donde su único amigo, Don Guillermin. Llegó hecho una furia, con su camisa hecha girones y ambos ojos como de cotorra, morados morados. Explicó lo ocurrido y le preguntó si acaso había algo que pudiera hacer para recuperar la libreta. Y es que en la libreta guardaba todo el engrudo para una posible y festiva piñata. Si el reportero pensaba cubrir los eventos con su muy agraciado don estético,

era la memoria de los eventos la que se perdía en la libreta. Ahí entre las hojas se balanceaban todos los sueños pseudo-mágicos del escritor. Don Guillermin simuló indignarse y prometió resolver el asunto. Viendo el momento en retrospectiva, se me figura que Don Guillermin ayudó al reportero, en parte porque era su amigo, en parte porque los Molinar ya le habían colmado el plato. Tanta cizaña, tanto chisme desde aquellos negocios truncos, tenían a Don Guillermin hasta la coronilla.

—Mire amigo, le voy a ayudar, pero en algo tienen razón los Molinete —que así gustaba el Don llamarlos— ¿qué tanto anda escribiendo en esa libretita? Ya una vez le salvé de los madrazos, la segunda ya se la pusieron, pero la tercera, la tercera quien sabe si la libre. Le dije que no se puede ser tan trompudo acá. Le voy a conseguir la mentada libreta, pero a mí sí me contesta qué tanto escribe ahí.

—Don Guille, yo siempre le he sido derecho. Se lo dije desde el principio, ando documentando cada cosa rara que pasa en este pueblo —contestó el periodista.

—Lo único raro aquí es que no pasa nada raro. Y cuando pasa, viene de fuera, así que cuidadito mi amigo, aquí no les gustan esas madres. A mí sí, pero ese es otro cantar.

Don Guillermin no tenía amigos, pero sabía hacerse valer cuando era necesario, no por nada era de los empresarios más importantes de la región. Acudió entonces con el señor presidente municipal, ídolo de multitudes, “candidato de la revolución”, Don Ramón Erives Sáenz (más conocido como el “Moncho Erives”). Moncho le debía un par de favores y no fue difícil de presionar para que interviniera. Los negocios de Guillermin representaban la fuerza laboral más importante, después de la mina, en el municipio y, de hecho, la

fábrica de hilados había sido muy conveniente a motivos político-electorales. Había ayudado a Erives a establecer la tan ansiada estabilidad del municipio y había cooperado también con que este fuera ganador en las pasadas elecciones. Aunque hay que decirlo: las cosas marchaban bien y Guillermin no se había equivocado al apoyar a un bienintencionado. Pero qué puedo decir, aquellos eran los años de la abundancia, acá en el pueblo solo era pobre el que quería serlo. Tres años antes, por ahí del sesenta y cinco, o sería el sesenta y cuatro, no me acuerdo, las minas atraieron inversiones cuantiosas. Se remodeló todo el sistema, se fabricaron los complejos grandotes; se oía entre la gente el “ya llegó el progreso”. Así que Don Guillermin fue con Erives y con eso tuvo el pleito para quedar de plano resuelto. En menos de veinticuatro horas la libreta estaba de nuevo en manos de Don Guillermin.

—Mire amigo, aquí tiene —y le entregó la libreta con las pastas de latón—, pero ya no la vuelva a perder... ¡ah! y no le ande buscando tres pies al gato. Aquí en el pueblo no hay de lo que busca.

El reportero agradeció emocionado y refutó con una que otra palabreja muy trabada. Seguía empecinado en recolectar historias.

Sobre cómo le hizo el alcalde para recuperar la libreta yo sé muy poco, pero ya me imagino los métodos que se han de necesitar para convencer a una triada de tercios como lo eran los Molinar. De alguna manera aquello no dejaba de ser la confesión de un robo: una vergüenza. En un pueblo todos se enteran de todo. ¿Han oído esa frase de “pueblo chico, infierno grande”? Pues creo que la inventaron en ese que fue mi pueblo querido. Mejor no digo mucho de eso, porque yo ni pueblerino soy, ni me meto en esos agravios.

Algo muy hondo debió de haber quedado erizado en los Molinar, porque lo que hicieron después no tuvo nombre; le quitaron

la cadena al perro. Fue el acabose del mundo conocido (de mi mundo conocido, al menos). Acá en el norte y más en el pueblo, nos hacíamos ojo de hormiga respecto a los problemas nacionales y el desencanto social que se venía acumulando. Recuerdo que en meses anteriores a la tragedia, a todos, y a mí también (lo acepto), nos importaba muy poco que algunos hermanos norteños hubieran decidido regresar a los balazos y a las luchas disque revolucionarias. Aunque también recuerdo, con una claridad que me asusta, que aquel año, luego de ver lo sucedido, entendí de plano que el desencanto se nos venía, no a cucharadas, sino en salvajes torrentes y que si bien a mi pueblo nadie lo hacía en el mapa, este solo podría representar un ejemplo de lo que habría de acontecer en todo el país. Descubrí también, por esas fechas, que a algunos en el norte les entró el derrumbe de los sueños desde el sesenta y cinco, y a otros tantos nos llegó en el sesenta y ocho. Y ahí no había vuelta a atrás. Ese era el contexto más amplio. Gracias a que lo he entendido es que ahora juzgo menos severo a los que se desencantaron antes que nosotros. Hay que reconocer que siempre se necesita una mecha: para algunos puede ser la pobreza o el hueco que deja el pan no habido en la panza (como lo fue en ese otro pueblo donde hubo un cuartelazo en el sesenta y cinco), para otros puede ser la culpa rancia o los pecados sepultados (como lo fue en nuestro pueblo). Pero eso sí, siendo justos, fueron los Molinar quienes con merita flama prendieron la mecha.

Atascados de rencor, Don Cuco y sus hijos discutieron una venganza muy desdichada. Decidieron atacar la fuente económica de Guillermin. El hermano mayor sería el elegido verdugo. Conozco varios detalles del plan porque luego de la hecatombe, Molinar chico y Don Cuco se entregaron como los delincuentes vencidos

que eran y rindieron declaración. Por eso sé con pelos y señales lo que Don Cuco le ordenó:

—Hay una escalera de palos afuera en la parte trasera, la usan para subirse al techo y reparar los ventiladores. Te llevas el galón de gasolina y unos encendedores. El techo es de tablas. No hay por donde errarle —dijo de corrido Don Cuco. El hijo solo asintió con la cabeza y se fue.

El mayor de los Molinar se fue para la fábrica calculando llegar al final de turno, pero llegó antes. Se trepó al techo con un sigilo cargado de las malas intenciones. Esperó un rato, asomándose varias veces por las rendijas de los ventiladores que dejaban ver de vez en vez para adentro. Las señoras no se iban, ya habían parado la maquinaria, pero andaban del tingo al tango con una cumpleañera. Habían llevado pastel y hasta la remilgosa Doña Casilda estaba en el festejo. No se iban. El Mayor de los Molinar, quien era bruto de ademán y naturaleza, se empezó a inquietar pues nunca le habían gustado las esperas. Los trucos del peligro son ominosos, hacen creer a la mente montones de barbaridades. El pirómano Molinar transformó el apuro en chiste. Le pareció divertido empezar el espectáculo con todas adentro, pues se las imaginó corriendo a grito y grito. La fábrica era una nave rectangular que había servido de bodegón desde tiempos del porfiriato. Una amplia puerta de madera al frente hacía juego con el techo de vigas gruesísimas de madera también. Molinar creyó que a la más mínima señal de humo las señoras correrían en estampida y saldrían por la enorme puerta sin problema. No pasó así. Vertió toda la gasolina, pero el muy inútil no la vació en un solo lugar, sino que la esparció por todo el techo. Echó la brasa por aquí y por allá con los encendedores. Y de pronto cuando volteó, ya había salpicado la escalera con todo y

sus palos secos, y ni con su sombrero la pudo apagar. El techo y sus tablas ya eran muy viejos, y se consumieron tan rápido que ni yo me lo creo. El humo se iba para afuera y las inquilinas no lo notaron hasta que ya fue demasiado tarde. Todas las vigas se cayeron, unas antes que otras, pero una de las primeras se desplomó tapando la puerta, negándoles cualquier posible esperanza de fuga a las víctimas. Yo me imagino que con la caída del techo también cayó Molinar. Aquello fue un infierno que solo las gruesas paredes de adobe supieron resistir (aunque con heridas demasiado profundas).

Cuarenta y dos mujeres y un varón sospechoso de incendiar el sitio fue el saldo de la tragedia. Molinar dejó una viuda y dos críos muy chicos. Molinar también dejó una herencia de pesadumbre. Aún hoy se recuerda el hecho como “los velorios de las reinas tejedoras”. Todo el municipio se apropió del luto.

Cuando el reportero lo supo, se quedó largas horas cavilando antes de salir a los funerales. A mí me contó (mientras se miraba prolongadamente frente al espejo) que no sentía culpa, porque las bestias que provocaron los decesos ya estaban demasiado podridas como para sumarle la podredumbre de otros ánimos. Lo que le parecía curioso al reportero es que todo se tornaba tan raro que ya hasta rozaba lo siniestro.

—Sí, siempre defenderé a lo raro como digno de contarse, pero... —me seguía diciendo sin dejar de ver el espejo— pero qué tal que, más bien, yo les traigo lo raro. Qué tal si de pronto la libreta se vuelve el pueblo y aquí todo lo normal desaparece. Es un hechizo de ingenio —yo mejor no contestaba nada— ¿Hasta dónde el ojo forma la imagen? ¿Qué tal que la imagen no estaba ahí sino hasta que la descubrió el ojo? —de plano el raro era él, creyendo que las fábulas se le escapaban de las hojas.

—No le tema a las palabras. Témale a quien las escribe —le refuté al fin.

—Es lo que estoy diciendo, tarado —enojado, me echó el sulfito que le quedaba en las cuencas.

Para entonces a los pueblerinos ya ni agua, ni azufre les corría en las venas: puro atole de pena. Se armó el silencio hasta las garras. El reportero seguía viéndose en el espejo. Me ganó la nostalgia y se me subió por la nunca la gana de interpellarlo:

—¿A dónde se fue, flaco? ¿A dónde se fue eso que llaman alegría? ¿A dónde se fue el color? Me acuerdo de ti emocionadísimo cuando venías entrando por el camino al pueblo. Decías que no había otro sendero así en el mundo. ¿A dónde se fue, flaco, tu afán de creer en la magia de las villas? Me habías convencido. Por un rato me creí tus mentirotas. —no me contestaba el muchacho, más famélico que nunca— ¿Oyes a las tubas? Las bandas locales ya tocan la marcha fúnebre —me asomé por la ventana— Mira, allá viene la procesión. ¡Qué negros todos! ¿A dónde se ha ido la alegría, flaco?

—Fácil. Se las chupé todita y la guardé entre pastas de latón.

Me quedaba muy claro que no había ni pizca de culpa en él. Ese día me puse a exprimir tantas naranjas como pude para compensar la falta de líquidos. Me tomé un vaso de jugo. Me supo amargo. No quise más. Entonces vi la cantidad de jarras que había llenado. Recapacité en la inercia de mi cuerpo. La más fuerte inercia de los cuerpos es la de morir, nadie la para. Doné las jarras para los velatorios, pensando en que a esas cuarenta y dos mujeres les había ganado la inercia más rápido que a mí. Por lo menos yo podía exprimir naranjas.

La iglesia del pueblo estaba asentada en una lomita cerca de la alcaldía y se tenía que subir un número impresionante de escalones

para acceder al sitio. Para los ancianos era algo complicado subir, pero en ese día todos, absolutamente todos los del pueblo, vinieron a la ceremonia (incluso vino gente de otros pueblos vecinos). Pasaron los cuarenta y dos ataúdes flotando por las larguísimas escaleras. Los cargueros sudaron la gota gorda, pero antes bien nuestra gente lloró la gota gordísima.

La misa pasmó a los presentes. Era tanta la gente que no cabía en el recinto. La misa fue como comer algo crudo: los vínculos eran tan lastimeros que no se podía evitar la compasión comunal. Se echó agua bendita a los ataúdes enfilados por todo el pasillo central, muy apretujados. Juntitas se murieron, juntitas se despedían. Se dio la bendición final y aquello terminaba. Los Molinar vivos, no habían conseguido piedad para el velorio de su familiar (no se le dio cristiana sepultura al malhechor por ser pecador absoluto), pero aun así habían asistido a la misa, pues entendían el dolor ajeno y su parte en la matanza. Se fueron con el rabo entre las patas, directamente a la estación de policía a confesar su complicidad. Algunos quieren verlo como una última señal de honor, yo la verdad me abstengo de ese tipo de opiniones. No soy pueblerino, no entiendo mucho de esos rituales.

El dolor era tanto que muchos no querían retirarse de la iglesia, a pesar de que la ceremonia ya había terminado. Yo creo que el director del coro nos vio de plano muy afligidos porque ordenó a su gente cantar algo más alegre, disque para abanicar el mal rato. Comenzaron a tararear esa canción tan amolada de “Si tuvieras fe como un granito de mostaza”, supuestamente porque era la única alegre que se sabían. Aquello fue un cuadrilo cursilón que no venía al caso y que solo las viejitas más fanáticas canturrearon. El reportero se acercó a Don Guillermin, con quien no había

podido platicar desde el incidente. Le dio el pésame. El patrón había entendido cuánto amaba a su relamida esposa solo hasta el momento en que la sabía perdida. Si no han visto el rostro de un amor recién develado pero imposible, entonces no sabrán cómo es que el humano Guillermin tenía su mirada lapidaria y sus quijadas prensadas. Impotencia.

Con todo el murmullo de la multitud, el cántico religioso apenas se oía. Rebotaba por las paredes como un silbido que profesaba: “Si tuvieras fe como un granito de mostaza, tú le dirías a las montañas muévase, muévase, muévase”. El reportero no hacía caso de la letra y seguía con Guillermin, sin saber que decirle. “Y las montañas se moverán” sonaba.

—Esto se va a saber Don Guille —le dijo el reportero en voz baja— Se hará justicia. Yo mismo voy a llevar la noticia a la capital. Esto es demasiado.

—¿Demasiado? ¿Demasiado qué, amigo? —Guillermin hizo un esfuerzo por tragarse las lágrimas.

—Pues... Una masacre. Algo anormal.

—¡Ah que mi flaquito! —dijo Guillermin con un hilo de voz y sonrió con mucha amargura— Otra vez buscando sus rarezas.

—Bueno, no es que esto sea precisamente normal. ¿Cierto? Y...

—Párale tantito, amigo —Guillermin cerró los ojos como para controlar lo que iba a decir— ¿Escucha esa canción? ¿esa que cantan esos jumentos?

—Sí... ¿Qué...?

—Pues en este pueblo, antes se mueve un cerro a que pase algo raro.

—Pero Don Guille, no ve lo que ha pasado. ¿No le parece raro?

—Raro hubiera sido que nunca hubiera pasado.

En ese momento supe que me moría. Guillermin se retiró y le dio

la espalda al reportero, y con eso me dejó mascar cada palabra. Yo también le di la espalda al reportero, pero sin apartarme de él. En ese momento supe que me tenía que morir al mundo, a la ciudad, a mis libros, a mis aspiraciones ingenuas. Porque de pronto ya nada me parecía nuevo, ni mucho novísimo. Ya no quería saber de esas cosas, tal y como aquel Molinar bien me dijo que era el principal requisito para ser de aquí nativo. Todo era viejo, viejísimo. Me tenía que morir. Me iba a morir sin poder evitarlo: sin poder regresar por el singular camino de entrada al pueblo, ese que en realidad me había matado y me habría de matar cada día. Por eso a mí me da mucha pena que se haya muerto el reportero y me da mucha pena no poder contar bien esta historia. El reportero sí la hubiera contado bien, pero tuve que morirme. Y me da más pena ser un pueblerino, pero la verdad es que no soy tampoco un pueblerino. Lo único que me inquieta es la duda, la duda sobre si no fui yo el que mató al pueblo, si acaso fui yo él que lo volvió uno más de esos que vienen en los cuentos. Sería terrible pensar que el reportero logró que una manía mágica (siempre indeseable) se apropiara de todos nosotros. Sería terrible pensarlo. Ya estaríamos muy jodidos si nos convirtiéramos en otro pueblo lleno de rarezas, de esas que no hubo cuando el reportero sí vivía.

NO HAY RÍO

Sentirás que duermes agitado, como ondeándote al ritmo del mar. Se te figurará cosa seria, pues sentirás mojada la espalda. Los ojos no te responderán, seguirán con los párpados bien pegados. Los ojos te serán desobedientes. Por varias tentaciones sentirás que todos tus demás sentidos sí sirven. Oirás todo. Pensarás en todo; pero no podrás mover el más pequeño de tus músculos. Aquella mañana te será muy calurosa y agradecerás para tus adentros el chapuzón en tu espalda, en tu nuca. De lo primero que te acordarás será del día anterior. Extrañarás tu cama y el malestar odioso en el pecho. Te darás cuenta de que ya ni de respirar requieres y sentirás gran alivio por ello. Te acordarás de cómo entre sueños oías algunos rezos y lamentos. Sentirás un sobresalto, vendrá a tu mente el ardor de cuando te pasaron una vela por la frente. Te acordarás de cuán duro les querías decir que sí se sentía y que se sentía horrible, y que aún en el sueño les pedías que no chamuscaran tus arrugas. Te acordarás de que no te oyeron. Entonces te darás cuenta de que todo está perdido y extrañarás más que nunca tu cama, y hasta extrañarás la vela. Entonces sentirás los brazos que te cargan y que te van zambullendo en agua fría. Te acordarás de que es octubre y de que perdiste la cuenta de los días que llevas dormido.

Entonces te visitará la más sombría de las nostalgias, porque intuirás a dónde se dirige el cauce de las cosas. Se te confundirá el recuerdo con el presente. Borrosa llegará mamá Goyita, añadiéndose gaseosa entre los humos de tu cabeza y te ofrecerá una tortilla de harina recién hecha. Sentirás en la lengua el sabor de la margarina, con cebo dulce a punto de tronar con el mascar de diente y saliva. Te dirá mamá Goyita con el tono de algo perdido, que no se te

olvide llevar agua en la mochila y que antes de partir arranques la hierba mala de la jardinera. Te echará tu madre la bendición, sentirás la cruz en la frente. Calcularás que todo eso pasó hace unos treinta y tres años. No podrás asegurar entonces que tu mamá Goyita siga viva y te entrará el remordimiento por no avisarle que ya tosías sangre. Tu tan amada viejita te traerá el pueblo en charola de plata, como un ángel brillante que hace despertar supersticiones. Te provocará el amor por la infancia y sus sortilegios idos. Pensarás en Sonia, la vecinita que te invitaba a jugar a hacer pasteles de lodo. Tú le llamarás Sosy, como acostumbraban todos a llamarla y como incluso su madre la llamaba. Apoyarás tus anhelos en la sonrisa chimuela de Sosy y aceptarás que la amabas a capa y espada. Ella te llevará rodando hasta la puerta de la iglesia donde a los seis años te obligó a simular que se casaban. Vestirá ella un trapo haciéndola de velo y tú te colgarás un girasol de corbata. Te reirás y luego te pondrás serio para convencerla de que maduro sí eres. Sentirás que el oleaje en tu espalda se confunde con el vals que danzan tú y Sosy. Te acordarás de que esa Sonia te llevó a quererlo todo y al instante te acordarás también de que no estás con ella. En consecuencia, sentirás el frío que te abrazó el día en que la niña te sentó frente al crucifijo enorme que pendía en la capilla de la Santa Señora Eulalia; y percibirás el miedo bajándote hasta los talones. Se te irá la desconfianza a Jesucristo y al mismo tiempo en el presente, se te irá el recelo a lo finito. Se te apostará debajo de la lengua toda la manía de la mística, la tan mística fe. Seguirás levantado oraciones desde ese día hasta el día en que sentirás mojada la espalda y también las piernas; hasta el día de hoy en que te das cuenta de que no te ampara ni Sosy, ni Eulalia la Santa.

Sentirás la humedad en las extremidades como un bautizo y te preguntarán si ese chapoteo en tus pies es parecido a los pasos de la huida. Te sentirás culpable por haber dejado el pueblo, pero más bien se te mezclará la culpa con las ganas de un retorno santo. Te dolerá el cuello por la frialdad del líquido y entonces pensarás en las cargas del mulo. Te acordarás de los descensos por la boca de la mina y aprobarás que su nombre fuera “La loba prieta”. Te darán ganas de cerrar las manos para agarrarte de los peldaños de las escaleras de madera improvisada. Cambiarás a gusto la imagen mental por un descenso tranquilo en el malacate. Te verás a pico y pala con tu casco apretado haciendo en tu pelo puras bolas tejidas. Confundirás lo mojado de tu nuca con el sudor subterráneo de los yacimientos. Explorarás los alcances de tu físico, querrás saber los límites de tu altura y, entonces, te darás cuenta de tu posición horizontal. Te acordarás de que en la mina no estás. El nervio te traicionará y sentirás cómo los mantos espesos ya te cubren el vientre. Soñarás con robarte una que otra piedrita de mineral hechizo, para ver si de una vez por todas te apodan el “Gambusino”. Te negarás a creer que tengas rocas robadas en los bolsillos y mucho menos que por ello te vayas hundiendo más rápido. Asegurarás que la vida misma es como un tiro de mina y que todo en realidad es en bajada. Alimentarás la idea de que esa bajada también es húmeda. Tu piel te dirá que tus pantalones de mezclilla se van poniendo pegajosos y pesados, empapados para provocar una postura tiesa que rime con tu cadáver. Sabrás que no hay subida.

Percibirás la mano que te jala la muñeca y entonces relacionarás la sujeción con Sosy otra vez. Observarás sus lágrimas cuando le comunicas que te vas lejos, muy al norte hasta cruzar la frontera. Le olfatearás sus quince años a flor de piel y te controlarás las calenturas

del cuerpo. La observarás quieto y le explicarás que descubriste al fin quién es tu padre, y que el muy tacaño no quiere pagarte la boda. Le dirás a la muchacha que nada de eso es el fin, que irás por dinero y que en menos de lo que canta un gallo tú estarás de vuelta con “una papeliza verde como pa’ echar pa’ arriba”. Volverás a las andadas de la hipersensibilidad. El agua te aborará los labios y será igual a la escena de despedida con tu Sosy, porque aquél fue un beso escarpado con llanto. Se te hará tarde para alcanzar la camioneta de salida y correrás por la calle principal. Te darás cuenta de que no estás en el pueblo. Te darás cuenta de que hoy sirves como flotador humano y de que andas descalzo.

Escucharás un silbido fortuito, como avisando que aquello definitivo está muy cerca. Te vendrá a la memoria el código de chiflidos de aquellos chavalos en la estación de autobuses de Ciudad Juárez. Te apiadarás de los dos hermanitos, Gus y Chompi, de siete y nueve cada cual. Te dirán los niños que van para Pasadena a buscar a su mamá y a su tía. Te dirán “señor”, aunque solo tengas diecisiete. Te echarás el cruce rápido junto con otras once personas y con ayuda del Bandido, un pollero de pocas pulgas, pero noble. Andarás pataleando en el agua lodosa del río hasta que la orilla te saque. Los niños te seguirán, contentos de oír tus historias sobre cómo dinamitar túneles. Te embriagará la seguridad de que estás en el viaje ese de hace tantos años, pero ahora de vuelta. Entonces sabrás que el empujón final no se parece en nada al túnel con luz en el fondo del que cuentan.

Percibirás un par de manos que evitarán que tu cabeza se sumerja por completo. Los bigotes bien mojados te hablarán de todos los cuchicheos que atesoran. Refunfuñarás, como lo hiciste en California cuando nadie, ni dios ni diablo, reclamaron a los pobres

mocosos. Te los llevarás a la pisca y ellos un día te pagarán el favor vistiéndote para la última cita. Serán tus hijos, sin que seas tú lo suficientemente grande como para darte ínfulas de padre putativo. Aprenderás a jugártela con ánimos hinchados. Escribirás una que otra carta a Sonia, pero voltearás a ver a los chamacos y sabrás que no hay vuelta, que no habría decoro en ese abandono. Se te inflará el gusto por las calamidades y el sacrificio. Harás migas con la encargada del puesto de antojitos. Será seis años mayor que tú y cobijará conmovida a tus nuevos hijos. Se juntarán y los cuatro se irán a San Diego. En esa ciudad llegará el quinto, ese sí de tu sangre: un piojo travieso, al que más tarde todos habrán de apodarar “El Ratón”. Entenderás que todo alejamiento y toda proximidad te han traído justo a este momento de corrientes fluviales.

Te invadirá la certeza de que todo es ahora irrepetible. Comprenderás a Heráclito, pues navegarás por vez segunda en el mismo río y, sin embargo, no en el mismo. Lamerás todos los recuerdos sumados en uno y te acusarás por no contestar nunca las cartas de Sosy. Te cuestionarás sobre su paradero y si acaso conoció a otro hombre. Reconocerás que fuera de Sonia y mamá Goyita, nada en el pueblo te gustaba. Odiarás una vez más el ácido olor del túnel donde trabajabas y los constantes estornudos que te despertaba el polvo desprendido. Llegarás a la conclusión de que esos seis años trabajando en el subsuelo fueron los que arruinaron tu vida. Sin poder siquiera abrir los párpados, acordarás inculpar a todos por tu condena. Te callarás los rencores que sientes por ser ahora un bulto. Te arderán los pulmones de solo acordarte de las arcadas impías arañándote la tráquea. Resonará punzante el diagnóstico médico: “silicosis”. Aventarás la mesita de centro con todo y florero, de la misma forma que lo hiciste el día que te dijeron

que era incurable. Sentirás de nuevo tu parálisis. Te resignarás a saborear tu muerte prematura.

Tranquilizarás tu conducta muda. Te convertirás en tu esposa, te convertirás en tus hijos y harás tuyas sus caras de preocupación. Te aplastará la impotencia. No te perdonarás la propia mediocridad. Faltará el seguro médico y faltará la creatividad para buscar soluciones. Tendrás un concilio único con tus cuatro seres queridos y funcionarán bajo la misma pena. En medio de tus convulsiones crónicas se te ocurrirá la grandiosa idea de pedir a tu familia ser repatriado a México, a tu pueblo, en caso de muerte. Romperás la comunión con tus semejantes y ni Gus, ni Chompi podrán confesarte sus miedos. Hablarán en secreto y tú los espías. Captarás que temen en su ignorancia reportar lo sucedido con las autoridades, pues ni si quiera a la ley médica querrán en casa. Esperarás paciente a que te expliquen, pero la astucia tendrá otros planes. Nunca escucharás la otra parte de la plática donde a llanto suelto se niegan a tu partida y además no desean que nadie del gobierno americano se entere de que su permanencia en ese suelo es indocumentada. Estallarás en una sarta de reproches. Querrás aferrarte a tu deseo de morir en la tierra en que naciste. Pondrás a los tuyos en un aprieto. Te retirarás a tu cuarto y te acostarás en la cama a escuchar a Cuco Sánchez y poco a poco admitirás que te has vuelto un estorbo. De pronto codiciarás anunciarles a todos que ya no tienes tos, que de milagro todo el dolor se fue... pero ese será tu último deseo. Para cuando quieras despertar ya andarán pasándote una vela por la frente y tú muy tieso te resignarás en el mutismo.

Compararás tu pose de tabla con una canoa con memorias. Reconocerás que para eso sirve el riachuelo, para desgajar a sus muertos con visitas al pasado. Dirás lo mismo de siempre, que no

te arrepientes de nada. Te enterarás del trayecto dispuesto por tus hijos y su pago por tu traslado. Mirarás de frente a tu esposa y a tus hijos, los verás como un enjambre de pescados mordiéndote la piel mientras navegas en el arroyo, pero ellos ya no te mirarán a ti. Te irás lejos. Por culpa del miedo de tus hijos y esposa, tu partida será de lo más rara. Te volverás equipaje ilícito a punto de ser devuelto. Reconocerás la voz de quien nada y bracea junto a ti, y sabrás que es el Bandido, el mismo que hace más de tres décadas te cruzó. Acompasará la voz del pollero otra sentencia chillona y sabrás que tu hijo, el Ratón, te lleva agarrada la mano izquierda. Debatirás el bajo criterio de tus muchachos, para luego valorar y aplaudir el brío del único vástago que sí te acompañó. Muy en el fondo les agradecerás que te lleven a tu pueblo. Acomodarás tu columna vertebral con el claro objetivo de seguir a la deriva. No te quedará más que consentir que no hay río, que no hay nada, que no hay un yo, que el nombre de Agustín ya no es tuyo. Que ya no hay río y que solo te queda tiempo para un pensamiento más.

Te convertirás en el primer cadáver mojado que flota de regreso. Te lamentarás de que no haya registro de tu proeza: después de todo es la primera vez que logras ser el primero en algo; pero no hay anales del río, porque ya no hay río, ni pinto, ni grande, ni bravo.

EL ÚLTIMO FOTOGRAMA

Estimados miembros del Comité Científico de la Asociación Psiquiátrica Mexicana, querido Dr. Ramón de la Fuente Muñiz, presidente de la Asociación, yo Cecilia Mía Betancourt Vázquez, médico psiquiatra, cédula profesional 78963, me presento ante ustedes en este histórico recinto de la Universidad Nacional Autónoma de México con el propósito de dar evidencia, bajo concurso de certificación para especialidad, de los resultados de mi investigación comparativa entre los procedimientos “farmacológico” y “físico-quirúrgico”, para el tratamiento de los cuadros de depresión y ansiedad agudas.

Empiezo con mi primera diapositiva, si me hacen el favor. Quizás se puedan preguntar por qué viene al caso presentar esta primera fotografía de dos sujetos sentados en una lancha de remos. Los sujetos en la imagen corresponden a Irma Sonia Reyes Miranda y Sergio Ubaldo Martínez Murillo. La fotografía fue tomada en las inmediaciones del lago de Arareco en el estado de Chihuahua en marzo de 1969, es decir hace ya poco más de cuatro años. La exposición de este fotograma tiene validez documental, pues marca el inicio de una serie de sucesos que terminarían con la reclusión del paciente Sergio Martínez en aras de recibir el tratamiento médico adecuado tras la manifestación de un cuadro depresivo agudo, tendencias suicidas, esquizofrenia avanzada y delirio de persecución. Por si esto fuera poco, Sergio Martínez no fue el único afectado tras la cadena de adversidades, como si esto se tratara de una enfermedad contagiosa. Esta cuestión me inquieta al grado de desear emprender otras pesquisas para aclarar si existe un elemento contagioso en las enfermedades mentales, seguramente no físico,

sino de presión psicosocial. Me desvió. Lo que quiero decir es que el contexto terminó por afectar al visitante extranjero Kurt Richard von Heuss, Ingeniero en minas y metalurgia venido de la Alemania Occidental, quien servía como asesor de procesos para la compañía Industrial Minera México S.A., en un poblado cercano a la capital del estado de Chihuahua, donde de facto sucedieron todos los eventos que presentaré como pruebas del caso clínico.

Los involucrados Irma Sonia y Sergio Ubaldo tenían una relación amistosa, misma que gozaba de su esplendor a la fecha en que viajaron a la sierra Tarahumara, donde se ubica el lago de la foto. La amistad derivó en el empecinamiento de la parte masculina, en este caso Sergio Ubaldo, en convertir la relación en un noviazgo. Como podrán prever, la presente exposición está encaminada a demostrar las consecuencias adversas que el amor como conducta enfermiza puede mermar en el ánimo saludable del ser humano. Y es que el “amor”, y perdonen si acentúo la palabra con sarcasmo, tiende a priorizarse en el ánimo de los individuos de una manera tal que subordina a todos los patrones de conducta y si pronuncio con desdén el concepto, es porque la palabra no me suena justa para nombrar a un agravante. Me desvió de nuevo. Quisiera que fueran ustedes quienes comprueben, luego de observar la línea de sucesos, cómo se ejecuta el desorden. A simple vista podría ser impensable que una cursilona visita a un lago fuera a desencadenar todo el estallido de las pasiones. Sergio Ubaldo en una activación inconsciente e instintiva, decidió cortejar a la parte femenina Irma Sonia en franco ascenso a su perdición. La primera jugada de su estrategia conquistadora fue, precisamente, invitarla a tomar algunos días de campamento en la sierra.

Advierto que las descripciones de las siguientes prácticas pueden parecer exageradas, pero les aseguro que las “prácticas” son comunes y corrientes al accionar cotidiano de un pretendiente pueblerino. Lamento si piensa que soy clasista, señor presidente de la Asociación, pero no creo que eso sea relevante. Intentaré remitirme al caso, tiene usted razón. Bien, como decía, en esta etapa patológica se activan ciertos síntomas: las visitas programadas diariamente a la misma hora, los piropos, las palmas sudorosas, los suspiros involuntarios, etcétera. Reflejos corpóreos mezclados con costumbres pedestres. Según me contó Sergio Ubaldo, uno de los principales detonantes sucedió cuando en la séptima cita, para ser exactos, Irma Sonia reaccionó negativamente ante la iniciativa del varón por robarle un beso. Desde este momento podemos augurar el impacto fortuito y, hasta cierto punto, fulminante que la negación pudo tener a niveles cognitivos. La mente del sujeto empecinado en el logro de la satisfacción carnal, en este caso contenida en el simbolismo del beso, sufrió una primera alteración cuya resonancia no puede ser subestimada. En lugar de desanimar al contendiente, la negativa se le tornó en una motivación. Como ustedes bien sabrán, la mente humana presenta una deficiencia en la asimilación del “no”. Además, el gesto frívolo de la mujer nos da luz también sobre su actitud indiferente ante la pretensión del macho cazador. Dos puntos son notables en esta etapa: primero la activación de los mecanismos de defensa en la parte femenina y la activación de los medios de compensación en la parte masculina. La interpretación más dura de los síntomas nos lleva a suponer una alteración –por no decir inversión– de los roles de dominador versus dominado, a los que tradicionalmente estamos acostumbrados en la sociedad de este “revolucionario” siglo XX. En el caso del paciente Sergio Ubaldo, la

activación de los medios de compensación se ejecutó donando toda la cantidad de presentes que su delicada economía podía abastecer por semana. En ese sentido, la autoproclamación de Sergio Ubaldo como proveedor de dádivas debió haberle dado un paliativo al orgullo, de manera que cada obsequio suponía para el hombre la ilusión de tener el control. Interesante fue que la idolatrada Irma Sonia reaccionó a los presentes como estímulos positivos que refuerzan su práctica de “hacerse del rogar” y con ello conseguir mayores beneficios. Irma Sonia se consagró en su estrado de premio imposible y... siendo una mujer de dieciséis años, poseedora de picardía juvenil y tramposos cocteles hormonales, bella de ánimo y con un cuerpazo digno de ser envidiado por cualquier psiquiatra, no tardó en crecer como un objeto deseable hasta la obsesión. El conflicto evolucionó: En Sergio Ubaldo el deseo por conseguir ese algo se tornó maniático, al mismo tiempo que también le crecía el temor a salir herido. Activaciones de traumas, ustedes saben. Sin embargo, en Irma Sonia el conflicto se traducían en otra fobia doble: al compromiso y a la pérdida. Fundación de apegos, ustedes saben.

Debo aclarar que Irma Sonia fue lo que vulgarmente se conoce como una “coqueta” y les aseguro que no digo esto solo por aventar juicios a diestra y siniestra. Lamento si piensa que soy machista, señora Secretaria del Comité, pero le aseguro que se equivoca. Si lo digo es porque es necesario para un análisis objetivo e imparcial elucubrar también sobre la culpa, si se quiere relativa, de la fémina provocadora. Es necesario señalar que cualquier predisposición a una enfermedad mental, ya sea genética o de consecuencia traumática, tiene obligadamente que contar con una brecha, o mejor dicho una mecha, si me permiten el chiste. Sí, en este caso la brecha o mecha tiene nombre y apellido. Sirve a nuestra investigación el evalúo del

epicentro, para rastrear el comportamiento del agente infectante. Irma Sonia con todo y su simulada inocencia tiene culpa específica en este caso, aunque por supuesto no es la única. Aunque me resulta curioso observar que, como si se tratara de una bacteria mortal, Irma mataba todo lo que tocaba.

La cosa se complica cuando un tercero en discordia entra en la movida. El ingeniero en minería Kurt Richard von Heuss, quien en su estancia en el pueblo conoció a Irma Sonia cuando acudió a la fonda local, sitio donde la muchacha servía de mesera. La atracción provocada por un escote amenazante, según me contó Kurt Richard, sometió al alemán en un estupor del que jamás pudo escapar. Prendado por la belleza de la chica y alentado por un mal asimilado exotismo –bajo el cual el europeo reafirma su sentido de superioridad sobre la raza indígena-mestiza en términos sexuales–, Kurt Richard se propuso obtener a como diera lugar los favores de Irma. Esto provocó, sin temor a dudas, una vez enterada la mujer de las pretensiones del extranjero, un alza tremebunda en el ego de Irma Sonia, quien terminó estallando en una soberbia del todo dañina para su salud y la de sus coetáneos.

En estos casos, es bien sabido que la coquetería se inflama con una falsa seguridad que solo puede ser fruto del egocentrismo. Como práctica desmedida, esta alza extravagante expone las limitaciones mismas de la vanidad. Más allá de que la vanidad pueda ser interpretada como un pecado capital, el problema sucede cuando se hermana con la lujuria. Lamento si le parece que mi presentación raya en la mojigatería, señor Vocal del Comité, pero puedo apostar que la moral le atañe mucho a esta historia. Como decía, sin querer perder a ninguno de sus tributarios, Irma procedió a tentar su suerte y obtener del par de machos todos los beneficios posibles. Cada uno

de los dos pretendientes intentó complacer a la fémina, en un afán por satisfacer el grueso anhelo reproductivo, ustedes saben, ese que culturalmente está recubierto de la parafernalia del “amor”. Aquí hay que señalar que muy en el fondo, la actitud de Irma Sonia se fundamenta en la creación de una identidad alterna bajo la cual pudo dar rienda suelta a sus pasiones más primigenias. Es pues una conducta de evasión que trata de suplir todas las carencias afectivas y materiales que vivió desde la niñez. Y ya hablando de la carne, es justo anotar que no son poca cosa todas estas pesadillas a las cuales lleva el “amor”, y sí, enfatizo una vez más las comillas. El amor, esa trampa de la naturaleza para asegurar la preservación de la especie, como bien teoriza Arthur Schopenhauer. Por ello es lógico deducir que cualquier atentado contra el progreso del sentimiento amoroso se siente como un insulto contra toda la raza. Seguro pueden verlo. Por eso mismo, Sergio Ubaldo y Kurt Richard se empecinaron en lograr la compañía de la hembra, teniendo en realidad como última meta al apareamiento. No adelanto datos.

El siguiente fotograma muestra a Irma Sonia en la sala de su casa. Como podr an ver en la mesa de centro se puede observar un arreglo floral y a la misma Irma junto a tal. El tamaño desmedido del arreglo nos lleva a pensar que el remitente, en este caso Sergio Ubaldo, le da mucha importancia al tamaño. Quizá... quizá piensa que es equivalente a la cantidad de afecto que espera de vuelta. Deducimos se trata de un pedido especial, un obsequio que la florer a no suele fabricar con regularidad. Es sencillo determinar que el hecho de que Sergio hubiera solicitado un afiche anómalo significa que el hombre gusta de ser distintivo y es para él prioridad vencer al promedio. Como quiera que sea, la donación del objeto parece surgir efecto, al menos eso parece por la singular sonrisa

de Irma Sonia en la fotografía. Hasta ese momento, la galantería rebasaba en lo mínimo al comportamiento que podemos catalogar como sano, pero el asunto herviría.

Según me contó Kurt Richard, en una de las primeras ocasiones en que el alemán invitó a la pueblerina a ir al cerro a mirar el ocaso, el sujeto se topó con el arreglo floral. Ante la sorpresa cuestionó a la mujer, quien sin temor alguno le confesó que un allegado la pretendía también. Kurt Richard recuerda el momento con alta tristeza, muchas veces me comentó que aquello fue para él el principio del fin. En el límite del extremo egoísmo, cuando se tratan de bienes primitivos, el humano se transforma en una bestia. La pareja sentimental recubre el sentido de la prolongación de la vida y el deseo de evitar la muerte, pues la reproducción es en realidad otra forma de trascendencia. En esa línea, Kurt sintió la afrenta como algo personal. Lo mismo pasó con Sergio Ubaldo, quien en una cita que tuvo con Irma en el cine, se enteró de los anhelos del extranjero. Aquello se sazonó con pimienta. Además del crudo miedo a la pérdida, ambos galanes se convencieron de que aquello era una competencia. Desde el perfil más enfermo, cada uno se incendió la jactancia y encontraron placer en desprestigiar al otro. Es completamente obvio que el enlistado de síndromes que pudiéramos hacer hasta el momento, no es sino el resultado de providencias mal entendidas y reclamos de derechos inexistentes; no es otra cosa que canibalismo, una práctica que se cree olvidada en la civilización moderna, pero que no desaparece. De ahí en adelante el cauce se aceleró.

Todas sus prácticas comprueban las manías malsanas de los involucrados. Sergio Ubaldo me reveló que todo aquello creció en proporción a su falta de autoestima. Ambos contendientes

generaron una animadversión contra su rival de tal envergadura que no pocas veces llegaron a los insultos y puñetazos. Cuando el individuo incurre en la violencia, es porque el bienestar del vecino es despreciable con tal de satisfacer la propia necesidad. En términos sociales esto es un mal que aqueja a toda comunidad, por lo cual me atrae este caso como una muestra fidedigna de la enfermedad mundial que nos asecha. Antes que eso por supuesto, estuvo mi interés por hallar una cura para los afectados. Recapitulo, ambos contendientes empezaron a formular una serie de planes que cayeron en lo estrambótico. En la siguiente imagen podemos observar a Kurt Richard vistiendo un traje de charro y siendo acompañado por una banda de mariachis. La empresa se tornó ridícula cuando el alemán con su torpe dominio del español llevó serenata a la chica. Cabe mencionar, como es observable, que el traje le quedaba muy apretado por su robustez y altura, y que además el tipo lo eligió azul celeste, cuestión que no se distingue por ser la fotografía en blanco y negro. También está el detalle de que Kurt se sirvió de varios tequilas antes de salir a la serenata, una premonición de lo que sería su futuro alcoholismo.

La siguiente foto captura el momento en que Sergio Ubaldo se apropió de un monociclo y a las afueras del restaurante de Irma Sonia, montado en el transporte hacía malabares con botellas. Aunque la escena puede resultar cómica, habría que preguntarnos qué coartada mental pudo llevar al muchacho a pensar que tan grande payasada podría ayudar a sus fines de conquista.

El siguiente cuadro está un poco borroso y alejado de foco, pues fue tomado a contraluz. Pequeño y turbio, se nota entre un cielo nublado a un aeroplano. Es una avioneta que fue contratada por Kurt Richard para jalar por los aires una pancarta con la leyenda

“Te amo Sonya”. Llama la atención el error ortográfico, pero es que la lona fue pintada y escrita por el mismísimo ingeniero.

Ahora presento otra foto donde Sergio Ubaldo está rodeado por nueve perros callejeros. Según me contó el pueblerino, el objetivo era amaestrarlos para que entre todos presentaran un espectáculo de brincos y maromas dedicado a Irma Sonia: un espectáculo “lleno de ternura” –así dijo– con el que quedarán demostradas sus habilidades de liderazgo. El día de la presentación Sergio Ubaldo se llevó tres mordidas a la hora de presionar a los animales. La insistencia de Sergio Ubaldo en las artes circenses comprueba su afición por el exhibicionismo. Aunque también es fascinante, cómo la obsesión sexual rompe con todas las inhibiciones e ignora el pánico al ridículo con tal de culminarse.

Muchas otras anécdotas hacen de la lista una más larga de lo que debiera. Aquí en esta foto miramos el altar de cuarzos y calcitas que el mismo Kurt Richard construyó en la orilla del río, pegando piedra por piedra con pegamento industrial. Al centro varios pedazos de tela simulando lo que parecen ser letras para versar la frase “Yrma mi amor y vida”. De nuevo la falta de ortografía, un detalle que puede estar figurando un ¿desprecio por las reglas, quizá? Aquél fue un regalo exagerado, donde se entroniza la fertilidad consagrada en la mujer y se deja entrever una ausencia religiosa que acaso pudiera ubicar al varón en un desequilibrio espiritual. Todo estaba perdido.

Aquí en el siguiente fotograma, Sergio Ubaldo es detenido por miembros de la policía municipal por pintarrajear las paredes con la constante oración “Irma y Ubaldo por siempre juntos”. Vandalismo demente. Se trata de una fehaciente rebeldía, bajo la cual es lícito mermar la propiedad privada en busca de la aprobación del pleno pueblo. Nada más alejado de la realidad.

Todas las evidencias nos gritan la arrasadora verdad de que los pretendientes perdieron todo contacto salubre con sus receptores de espacio-tiempo, es decir acabaron con su sujeción a la realidad. Así mientras los pacientes se sumergían cada vez más en el lodo, Irma Sonia se divertía de lo lindo. A la mujer –según me contó después– le inquietaba ver hasta dónde podía llegar todo aquello. En medio de la atracción por lo desconocido, Sonia quedaba paralizada: a veces se inclinaba por abrazar a Kurt Richard, pero luego la invadía una xenofobia tremenda y prefería serle leal a la tierra donde había nacido, entonces añoraba a Sergio Ubaldo. Sobrevenida por el estrés de una decisión para ella innecesaria, prefirió favorecer a ambos. Ese fue el acabose. Incitada por un deseo copulativo enervado por los cambios fisiológicos y los extravíos éticos, cedió a la culpa de pagar el esfuerzo infructuoso de sus enamorados: Irma Sonia entregó su virginidad a ambos. Aunque debo aclarar: la occisa jamás me quiso confesar cuál de los dos fue el primero –¿acaso importa? ¿en un crimen comunal hay un solo culpable?–. Si se me permiten la informalidad, yo diría que todo este quilombo es como eso que dice la chusma: “Entre varios lo mataron y él solito se murió”.

En Irma Sonia, el acceso a una libertad sexual fue solo un convencimiento de hacer lo correcto. Persuadida en que ahí acabarían los conflictos, el coito fue la predilecta vía de escape. A la par que la niña gozaba del furor excitante, sentía retribuir algo de lo recibido. Cada cual recuerda el sitio y el momento a su modo. Para Sergio Ubaldo la posesión corpórea fue, y cito textualmente de su declaratoria: “Un engranaje. Un taladro alocado, así bien hinchado de pasión de la más pura. Hicimos el amor y supe que sí se podía ‘hacer’, ‘fabricar’, como si fuera un oro nuevo que

nadie hubiera encontrado aún”. Hay que tener en consideración que la elocuencia del muchacho se forra un tanto poética porque para entonces, su percepción ya estaba dañada por la taquicardia y algunos episodios de esquizofrenia. Si bien no es del todo entendible su retórica, sí es notable su extrema añoranza del instante. Para Kurt Richard en cambio, el encuentro sexual fue, y vuelvo a citar de la declaratoria: “Como colgarse en una cobija de lana. Una cuerda muy tierna que se revienta de tan tierna que es. Hicimos el amor, digo, no existía antes, ahí lo hicimos para que los demás también lo conocieran algún día”. Me llama la atención que de alguna forma los desenlaces de sus metáforas sean parecidos. Es como entrar en un litigio por dos vías para al final de cuentas llegar a la misma conclusión. En ciencia solemos apuntar “el orden de los factores no altera el producto”. Este bien podría ser un ejemplo para la disciplina psiquiátrica de un condicionamiento psíquico único para el ser humano y la predisposición de este para la tragedia. ¿De qué otra forma podríamos explicar que dos individuos criados en dos ambientes culturales completamente dispares llegaran a los mismos padecimientos psicósomáticos?

Total, al tener relaciones sexuales, la obsesión compulsiva de los participantes no cesó, sino antes bien aumentó. Cada uno creyó con su aparente triunfo que ahora la muchacha –como premio– sería solo para él. Cada uno ideó planes contundentes para su matrimonio, ante los cuales Irma Sonia solo pudo caer víctima de una serie de jaquecas que además traían mareos, vómitos y sudores fríos. El error de los sujetos fue envalentonarse cada cual e ir a presumirle al otro su hazaña sexual y sus estrategias de bodorrios. El encontronazo tuvo lugar en la cantina de la avenida principal. Luego de algunas mesas y botellas rotas, ambos sujetos fueron

atendidos en la clínica local donde requirieron puntos de sutura por diversas cortadas, pero más importante aún, les suministraron las que fueron las primeras dosis de calmantes de sus vidas. Esa noche la decepción de ambos se complementó con la visita de Irma Sonia a la clínica. Entró la mujer en la habitación donde tendidos los hombres seguían en observación. Cada uno saltó pensando que era el agraciado, pero Irma los calmó con solo levantar las manos. Según me contó el médico del lugar, Irma soltó al aire toda la verdad, les rompió las ilusiones de ser los únicos y peor aún, les dejó en claro que no se casaría con ninguno. Los varones, aplastados hasta su última esencia, cayeron desde entonces en los llantos y los reclamos más graves que en mi vida profesional he visto. El médico tuvo que aplicarles otra dosis de calmantes, pero aun así los dos lloraron toda la noche.

A la mañana siguiente Irma Sonia se marchó del pueblo. Se llevó poco. Dejó atrás un cofre de alpaca donde guardaba todas las evidencias de sus aventuras, de ahí conseguí las fotos y una cantidad envidiable de cartas, gracias a las cuales he llenado muchas lagunas de esta historia. También recopilé más datos de las posesiones de los señores von Heuss y Martínez, una vez recluidos los pacientes en el sanatorio. Nunca se recuperaron los amorosos peleles. Después de pasados dos días internados en la clínica del pueblo, fueron dados de alta y cada uno cayó en el alcoholismo. Se refugiaron en las tabernas como escapatoria. Considero que las toxinas pudieron ser un aliciente para su impostergable depresión. Perdieron su empleo casi al mismo tiempo y se entregaron a su conversión en piltrafas. Kurt Richard fue el primero en intentar suicidarse, pero fue rescatado de las vías del tren por un velador. Sergio Ubaldo intentó arrojarse de lo alto de un cerro, pero solo consiguió un brazo

roto y raspones. Ambos sujetos fueron internados en el sanatorio mental de la ciudad de Chihuahua el día 19 de noviembre de 1971, casi un año y medio después de la ruptura con Sonia. Y desde ese día a la fecha permanecen reclusos. La familia de von Heuss fue imposible de contactar. En cambio, los señores padres de Martínez perdieron toda esperanza y dejaron de visitar a su hijo luego del fallido tratamiento que ahora expondré.

Irma Sonia se llevó poco, pero sí se llevó la semilla de todo este infortunio. Cuando investigaba el caso clínico a detalle, me fue obligada a contactar a la reina de esta peripecia. Encontré a la señorita Reyes Miranda viviendo con dificultades económicas en Ranchería Juárez, cerca de Ávalos en el municipio de Chihuahua. Cargaba con una niñita de casi dos años. La pequeña es hija de alguno de mis pacientes, pero a la madre no le interesa saber de quién. A mí tampoco, si me permiten decirlo. Sí, señores miembros del Comité, sí lamento que piensen que no estoy siendo humana, pero en verdad les digo que también lo lamento por mí. La charla con Irma Sonia me llevó a comprender que la joven madre guarda una cantidad de culpas tremendas por lo ocurrido. Según me contó entre sollozos, Irma Sonia quiso suplir con premura la partida de su verdadero amor, un minero que se fue a los Estados Unidos en busca de suerte, un año antes de que empezaran los cortejos del par. Me parece increíble y a la vez tristísimo que esta triada de débiles en lo único en que coincidan sea en el dolor. ¿Pueden verlo señores del Comité? todo es un juego del destino que viene a burlarse de los viejos miedos que ya cargaban. Era imposible que terminara de otra forma, eran tres bombas juntas. Me ofrecí a conducir algunas terapias para Irma, pero ella no aceptó tomar ningún tipo de tratamiento. La vi famélica y dañada, su salud no

puede ser la óptima y en las condiciones en las que vive no tardará en pescar alguna enfermedad. Fuera de ello, me manifestó su deseo por dejarlo todo atrás. Eso sí, supo por mi boca de las últimas consecuencias de sus amantes.

En aras de cooperar con la ciencia, yo Cecilia Mía Betancourt Vázquez, médico psiquiatra, cédula profesional 78963, me dispuse a implementar en franco procedimiento comparativo las cualidades y defectos de los métodos farmacológico y físico-quirúrgico, para el tratamiento de los cuadros de depresión y ansiedad agudas, adicionados con síntomas espontáneos de esquizofrenia y episodios de delirio de persecución, que presentaban los pacientes Sergio Ubaldo Martínez Murillo y Kurt Richard von Heuss. Al primero se eligió tratarlo con una frecuente y alta dosis de la nueva droga haloperidol, mientras que al segundo se acordó seguir una terapia recalculada de electro-convulsiones, ya que su complexión física lo permitía. Siendo yo una seguidora del trabajo de Friedrich Meggendorfer, estaba convencida de que las nuevas indicaciones de la técnica de electrochoques demostrarían que su desuso supondría un retroceso para la psiquiatría. Con optimismo recibí los primeros cotejos, que indicaban que las reacciones secundarias del haloperidol, entre las que se encontraban una desorientación masiva, agresividad ambulatoria y adormecimiento de extremidades y músculos del rostro, no tenían comparación con la tranquilidad aséptica que mostraba el alemán luego de las descargas. Después de seis meses de investigación comparativa, me di cuenta de que el constante progreso de von Heuss en aras de la desaparición de sus fobias y manías, se debía a una pérdida paulatina de la conciencia. Resultó que el anestésico usado para la recepción de los electrochoques nunca alcanzó la preferible eficacia. Lo perdimos.

Mientras tanto, el joven Martínez recayó en un delirio tan profundo que fue imposible abrirle las mandíbulas para la ingesta de todas las pastillas con las que intentamos. Mi equipo médico en Chihuahua fue obsoleto y tarde me di cuenta de que todo el personal carecía de la capacitación adecuada. Nadie me apoyó como yo quise. Ante el inexpressable dolor del joven pueblerino, me refugié en otra de mis pasiones epistemológicas. Habiendo leído hasta el cansancio los manuales de Walter Freeman sobre incisiones del lóbulo frontal, opté, y admito toda responsabilidad, por la opción de la lobotomía. Usé por primera vez mi instrumental adquirido en Texas y con un golpe firme procedí al desprendimiento por punción desde el glóbulo ocular izquierdo. El martillo en mi mano disipó todas las dudas. El siguiente y último fotograma muestra a los dos contendientes cuando llevaban tres meses de tratamiento, se les ve jugando al ajedrez en una muestra de madurez gallarda. Pocas veces los acercamientos médicos pudieron patrocinar este tipo de convivencia pacífica. La foto la tomé yo y me recuerda a mi humilde ilusión de mejora y las cuatro o quizás cinco semanas en que todo marchaba bien. Ahora ninguno puede jugar al ajedrez, ni siquiera pueden levantar los brazos y su nefasto babeo nos hace recordar que quien como bestia actuó como bestia termina. Es un doble jaque mate. Así que yo vengo ante ustedes, estimados miembros del Comité Científico de la Asociación Psiquiátrica Mexicana, Dr. Ramón de la Fuente Muñiz, presidente de la Asociación, con el propósito de presentarles bajo concurso de certificación, mi investigación, que no solo demuestra los corrosivos alcances del amor, sino que también comprueba que un ambiente cerrado de tres victimarios no solo arrasa con los involucrados, sino que también a la larga apuñala a todo aquél que por casualidad se interna en su historia. Por eso mismo, pido la

certificación de que la más enferma en este caso soy yo misma, la infeliz doctora que propinó a dos enamorados el fabuloso estado de la vida vegetal.

Así que mi narración de Irma Sonia, Sergio Ubaldo y Kurt Richard, no es sino la justificación pormenorizada de mi propio síndrome, que se comprueba con el lagrimeo que estoy sufriendo en este momento y mi acelerado ritmo verbal. Lamento, señores del Comité, ser como soy y lamento que tengan tanta razón a la hora de decirme quién soy: machista, clasista, mojigata. Y quiero que quede asentando en las actas que mi proceder no es otro que el de una mujer que aprovecha las circunstancias para sus fines. Aunque también apelo a que, si algo hice bien, seguro conmovida con una atrasada empatía, fue no tocar a Irma Sonia con mi hálito que marchita. Para mis conclusiones y resultados solo puedo decir que todo esfuerzo, que todo método se va a quedar corto, porque ahora seguramente yo iré a prisión y sin embargo no se resuelve nada de nada. Con suerte toda la culpa me despertará entre la cama de loza y se parecerá a las náuseas de los antidepresivos, se sentirá como los dolores de parto o, en el mejor de los escenarios, se dibujará en fotos de ponencia. Entonces habrá un triple jaque mate y probablemente el carcelero tendrá una cámara cerca para documentarlo. Habrá otro último fotograma para que alguien más venga a contar más estupideces en mi honor.

Estimados miembros del Comité, yo les recomendaría que no me aprobaran... pero yo les pregunto ¿se han enamorado de un imposible? Perdón si me río... es que lamento que se note tanto que ya ando hablando con pura poesía... Como una enamorada. Como una loca. De cualquier manera, agradezco su tiempo.

SEMILLAS DE GIRASOL

¡Atención, atención, malcriados, parias y briagos!... Atención les pido, beodos queridos, en pago por la lección. Atención. Dejen la barra, jalen sus bancos, alcen la jarra y óiganme francos. Atención, atención, malcriados atención, que esta historia que traigo parece un carrete de cinta... Atención, atención, que aquél que pela buen ojo, ya no se va con la finta.

Ya veo las fotos danzarinas, como vídeo viejo, contando en pocas tomas los pasos de varios años. Es Susana frente a una jaula mascotera, escogiendo un trapito vivo, con dientitos. Lo agarra y voltea a la cámara. Chimuela, ha de querer compensarse con lo que a un roedor le sobra. Está feliz, la muy infanta, peinada en coletas. Su madre, la Irma, ha de ser quien graba.

Vámonos a otro tiempo. Sí, otro tiempo, otro lugar. Otra escena: aparecen las niñas, Susana y Meli, cantando como loras, jugando en los columpios. Con su siempre acompañante, el jovencito Prometeo. Él es un ratón de bigotes nuevos y pelaje de miel quemada, pero al fin y al cabo una rata. Las chavalas les dicen hámster, yo le sigo diciendo rata. Se llama Prometeo la rata, el hámster, lo que sea. Ahí anda queriendo cantar como loro, por las chifladas que lo apañan. Y come el desgraciado cual bestia, pero siempre siempre, puras semillas de girasol. Semillas en la mañana, semillas en la tarde, semillas en la noche y semillas en la segunda noche. A cada rato. Y sigo viendo las fotos danzarinas que se mueven. Allí esta Susana columpiándose con Prometeo en el regazo. Ahora es Meli quien filma. Se asoma Meli a la lente, quiere ser parte de la memoria, con todo y su sonrisota. Saluda. El grano es de película vieja. Susana le da semillas al hámster, cachetón; y una, y otra, y otra, y otras. ¡Ah,

muy viva la rata!, muy vivas las semillas y más vivas en los buches porque ahí sí se mueven.

Luego nos viene la siguiente escena: Meli, Susana, Prometeo, un parque y la misma vieja cámara. Andan timando al suelo. Le zambullen una semilla y otra se la comen, le zambullen una semilla y otra se la comen. Por suerte el suelo está tullido, porque si no, ya hubiera sismo. Le zambullen una semilla y otra se la comen. Semillas, por supuesto, de girasol. Pretenden formar una hortaliza de fuegos planchados, donde en un futuro, al medio día, las flores dejen de ser diestras para tornarse siniestras. ¡Girasoles! qué inocencia y qué viveza. ¿Quién les dijo que se podía? Fue la Irma, la madre de Susana. Cuando Irma partió de nuestro pueblo era buena pero muy mensa y mírenla ahora, como mamá ilusoria. Las semillas, todo es de semilla, Irma fue semilla y se le va a acabar pronto el jueguito. Irma es quien filma ahora. Meli ha sembrado unas quince semillas, Susana unas quince y media, y Prometeo dice que más, pero en su bocota. ¡Ah, qué vivas las almas! Desde entonces, la camarógrafa –y esa es Irma– envidió a las niñas por ser tan acusas, tan verdes, porque ella en cambio se sentía maltrecha, con más calcio en la osamenta. Pobre Irma, se murió seis días después de filmar la siembra.

¿Qué le pasa a Susana? Está dolida. ¿Dónde se encuentra? En el funeral. ¿Quién le graba? Nadie le graba, ¿por qué preguntas?, solo te lo cuento pa' que lo veas. Pero están Meli y Prometeo. Y su casa, también están su casa, solo para ella, para una niña de trece años... y un hámster. ¿Qué reprochas, borracho? Si te hubiera dicho antes tampoco hubieras ido al velorio, aquí en el pueblo Irma no era conocida por santa.

La cámara nadie la usa ya. Susana mató la cámara en el recuerdo y en la alacena. Ese aparato a Prometeo le da miedo, a Susana le da asma y a Meli le da una costura terrible con el arte... pero ¿quién quiere un artista necrófilo? Nadie.

No es importante, no es importante que sepan eso que dije. Pero escúchenme. Susana crece, con Prometeo. También Crece con Meli, como su mejor amiga. La familia de Meli ve por Susana en algunas ocasiones. Susana trabaja. Pocos saben de su solitaria casita. Es buena y agradece las palmadas de consuelo hechas por la amada mascota que ya la ha seguido por más de diez años.

Y habiendo dicho todo esto, ahora sí méndigo borracho, pasamos a asuntos más vitales. Voy hacia lo intenso de la historia, no te desespere. Esta noche que te cuento tiene el cielo escurrido y una densidad atmosférica que da flojera. Meli señorita se cita en casa de Susana señorita para ver la televisión o algún éxito taquillero. Prometeo acompañante, comiendo semillas, más semillas frente al faro. Azul es el cuarto, por la luz, no luz de foco, sino de la pantalla. Aburridos. Se acaba el estreno, nada es irreparable, pero perdieron tiempo. “Me voy” dice Meli señorita. “Sí, ya es tarde”. Se despide de Prometeo, como usándolo para limpiarse la salsa de la cara. Prometeo bonito, bonito y querendón. Se quieren como humanoides de corazón caliente; es mejor que una familia, es una triada que perfeccionó las trampas para ser indispensables entre sí. Meli se va porque sus padres la esperan.

Después de que se va Meli, Susana entrega las buenas noches: “Hasta mañana Prometeo”. El ratón rasga con sus frontales los barrotillos de su jaula. “¡Ah! Claro... tu cena”; Susana, con la pijama que antes usara Irma, abre un nuevo paquete de semillas de girasol. “Toma... Nunca te basta botanear en el sillón, ¿verdad?”.

Hámster que engulle y los sonidos gorgojosos de una vida. Susana, no sé qué decirte Susana, es muy tarde para un pésame. Se van durmiendo. Prometeo, no sé qué decirte Prometeo, es muy tarde para un aplauso. Se durmieron. Miren que dormir a un hámster por la noche, es una calamidad. Esas ratas son medio nocturnas. Prometeo no tardó en adaptarse a los hábitos de sus dueñas. Duerme de noche, corre de día. Come de noche, come de día. Duerme. ¡Las ratas no roncan! ¡Estás borracho!

Ahora estamos pisando materia oscura. Si sienten los zapatos pegajosos, no se alarmen. Yo no sé mucho de esta caleta, pero se ven cosas de miedo, de placer y de... eso que está en medio del bien y del mal. No es la primera vez que vengo, antes había un letrero con el nombre de este lugar. Prometeo está dormido. Aquí el hámster vio el futuro. Unas fuerzas misteriosas le mostraron verdades imperdonables. Para fines prácticos y narrativos, visitaremos esas visiones para que ustedes, señores beodos y, sobre todo tú borrachón, puedan entender sin dificultad. Prometeo está dormido, nosotros estamos dormidos con Prometeo. Miren, es una ventana. ¡Qué imagen tan gelatinosa! Pero entendemos. Se va a explicar qué pasó con Meli cuando se fue de la casa de Susana. Ahí va Meli. El farol es patético, no sabe ser un farol, ni alumbra casi. Allá viene una mujer. Y del otro lado viene Meli. Qué oscura, qué bella es la mujer caminante, tiene la cara blanca, bueno, blanca pero además más blanca. La mujer trae un chal negro en la cabeza, corriéndole por los pómulos hasta quedar colgado, quizá para jugar al péndulo de Poe. No es difícil imaginarla, mas sí es difícil desenamorarse. Es taciturna, pero no puede llamarse así: “taciturna” es un nombre feo y ella es linda, linda mortal. Entonces se cruzan y sus hombros chocan. Meli sigue caminando. La mujer se detiene, no sabe a dónde

ir, algo le ha pasado tras el choque. Se palpa el rostro, no sabe quién es. Por el otro lado Meli sigue caminando, ahora con el chal negro en la cabeza, corriéndole por los pómulos hasta quedar colgado. La tez morena de Meli, mama del viento las costras heladas y se embellece con ellas. Mírenle la cara a Meli, es más incitante que antes, le cabriolea la lujuria en los ojos. La mujer a sus espaldas está llorando hincada, sin chal, y es fea, terriblemente normal. En cambio, Meli le gana la partida en sensualidad, y claro, en seguir caminando con el chal negro. Prometeo está dormido, Prometeo observa todo esto, nosotros estamos dormidos con Prometeo, nosotros observamos todo esto.

Seguimos embadurnados, ahora hasta las rodillas, de este chiclosa suelo. No se quejen, así es esta tierra. Encontré el letrero que bautiza a este lugar. Está tirado ¿lo levantamos?: “Mundo onírico”. ¡Qué raro nombre! Yo no entiendo de estas cosas, ni quiero entender. Prometeo está dormido, las fierecitas también tienen derecho a soñar. Su diminuto corazón agitado marca el ritmo de la penuria. ¡Ahorita nos salimos de aquí, borracho, no molestes! Si los ratones hablaran, seguramente tú, Prometeo, nos contarías con detalle todos los secretos de la furia, de la historia y los que más nos interesan ahora, los secretos del porvenir. A Prometeo le falta divisar lo importante de este fugaz destello. Ahí va Meli con el chal negro. Pero creo que no es Meli. Es un alguien molesto, es una presencia sin frutos, sin vapores, es una dama arcaica queriendo ser reconocida. ¡Ah, sí! Ahora ya te detectamos brujeosa, ¿qué andas haciendo con el cuerpecito de la señorita Meli? Prometeo sí sabe y se enciende, se le revolucionan los vellos en la espalda. Meli asesina se dirige a casa de Susana. Sería insoportable que ella entrara por segunda vez en ese hogar. Ahí viene, toca la puerta. Una Susana, tan

pegajosa como nosotros en este momento, se despierta sobresaltada. Susana cruza la sala, pasa frente a la jaula de Prometeo. La rata está paralizada, le han afectado los hechizos de varios dioses, los buenos y los malos. “¿Meli?... ¿Qué haces aquí... se te olvidó algo?”. Meli no responde. “Pasa”; Meli pasa. “Siéntate”; Meli se sienta. Pasan varios eventos, simples formalidades, mientras Prometeo se aguanta el dolor de hocico. Meli estira la mano con el índice erecto. “¿Qué haces...?”; Toca la frente de Susana con su índice y Susana cae desplomada al suelo. Felicidades alondra maloliente, ganaste el primer asalto. Pero Prometeo sabe bien que todo esto es un sueño, uno horroroso, pero útil.

“¡Troc, Troc!” Son unos toquidos hostiles. Prometeo abre sus ojos, borlas benditas. Tiene ansia severa por comer semillas de girasol. La madera de la puerta retumba y colecciona la “o” del “Troc” por pura vanidad. Prometeo está despierto, nosotros estamos despiertos con Prometeo. ¿Ya estás contento, borracho? Ya nos salimos de “Mundo onírico”. Prometeo tiene miedo, el mismo miedo que cuando ve la vieja cámara. “¡Troc, Troc!” A leguas se nota que esta vez los toquidos sí son reales. Ya viene Susana, está molesta. “¿Meli?... ¿Qué haces aquí... se te olvidó algo?”. Prometeo revienta de sorpresa: “esa no es Meli” piensa. Impotencia, doble impotencia, triple impotencia. “Pasa”; Meli pasa. “Siéntate”; Meli se sienta. “¿Por qué no habla?” se pregunta Prometeo, “Será que no es Meli, ¿será?”.

Meli habla: “Tengo miedo Susana”. “¿Miedo? ¿De qué puedes tener miedo?”. No hay respuesta. Susana le toma la mano con supuesta comprensión. “¡Pero estás helada, mujer!”. No hay respuesta, ni los parpadeos se permiten. “Voy a traerte otra chamarra”. Susana se va. Prometeo y Meli solos, saboreado las

centésimas de segundo, con pimienta o con tomillo, según sea el caso. Prometeo ha hecho un ruido, un crujidito infame que le comprometió en lo hondo. Meli se levanta, no es Meli, pero así le digo. Meli trae puesto el chal negro, pero solo Prometeo puede verlo. Susana nunca se dio cuenta. Se acerca a la jaula. Prometeo está rasgando los barrotes para arañarla. Ella acerca su cara y sonríe. Su voz cambia de acento, es un acento argentino; sí, la muerte habla en argentino. No, no me refiero a que esté pintado de plata, ¿cómo se te ocurre, borrachón? No me refiero a eso, me refiero a cómo habla la gente en Argentina, el país. ¿Cómo que no sabes cuál es el acento argentino? ¡Investígalo pues, borracho, ese es tu problema!: “¡Viejito! ¡Qué milagrazo encontraros por acá!”; es burlona, muy burlona. “Pero... ¿por qué roés los palillos? Vos sos un desinhibido”; ella hace una mueca sarcástica y agrega. “Viejo, ya estás chocho... ¿Por qué no buscás otro oficio? Sos un rabo verde, mirá que a tu edad todavía andar tras minitas...”; la que parece Meli se divierte a lo grande. Susana regresa y la encuentra agazapada mirando la jaula. “¿Qué haces Meli?”. “Nada, nada, aquí viendo a la rata”; su acento ha cambiado al de siempre. “¿Una rata? ¿Prometeo? ¿Qué te pasa Amelia?”; Susana está ofendidísima. Meli únicamente se va a sentar al sofá. “Ponte esto”; y Amelia se pone la chamarra. Pasan unos segundos. Meli, con los pensamientos caducos, creyéndose la más lista, titubea sobre la empresa, algo andaba mal con aquel sujeto en la sala. “¿Y bien?”. “¿Y bien qué?”. “¿Pues qué te pasó?”. “Nada”. Susana le toca la frente a Meli, está helada. “¡Válgame! Pareciera que no te corre la sangre... te voy a hacer un té”; Susana se va. Prometeo y Meli solos, saboreado las centésimas de segundo, con pimienta o con tomillo por igual. “Decime, viejo... ¿Cómo habés llegado acá?”; la voz argentina flota. Meli voltea y mira el

retrato de Irma que está en la mesita. “¡Ah! No me digás que... ¡Ah, pero claro! Ahora recuerdo, pero si la piba... ¡la minita es su hija!”. Prometeo decide no perder la paciencia, sabe cómo derrotarla, pero necesita controlar su nerviosismo. ¡Qué juego de astucias! los dos sobrevivientes del holocausto de holocaustos, se encontraban una vez más para desempolvar sus capacidades divinas. En una pausa que parece ser la cumbre del vacío, Meli dice: “¡Es Irma! No sabés como la extraño... la única vez en que casi peligra mi misión... ¡Irma! Pensé por mucho tiempo estar enamorada de ella...”. La falsa Meli parece realmente conmovida y aprieta el retrato con ambas manos: “¡Irma! Por poco y no me la llevo...”; bastante sincera.

Prometeo en calma, ocultando una ponzoña chiquitita, pero capaz de sobornar al diablo. Prometeo toma una semilla de girasol de su balde, la mordisquea ruidosamente y trata de saborearla al máximo, después de todo, quizás iba a ser la última. Los troniditos rompen el trance de Meli. Molesta, aquella voltea a la jaula, como para rebanarlo, pero ve al hámster extasiado, concentrado en su semilla. Glotón. Hay algo de oratoria en su actuar, la rata sabe lo que hace. A Meli, la intriga se le ha colgado en las sienes. Hay que tomar en cuenta que esa presencia, sin importar cuántos trajes hubiera tomado prestados, tenía milenios sin probar bocado. “¿Qué comés?... ¿está bueno?”. Fue la más redonda víctima de los antojos. Ella lo observa, inerme. El hámster sabe bien cómo hacerla envidiar sus mordiscos. “Decime... ¿está buena?”; habla lenta. Alarga sus dedos, cada vez más flacos, hasta el baldecito y toma una semilla. Se la lleva a los labios y la engulle. La mastica.

Ella muerde la semilla y las poleas del mundo rechinan horriblemente. Su gesto es de dolor. Verde el rostro que debería ser blanco o moreno. La respiración se le dificulta... ¿Qué dices,

borracho? ¡Yo no sé esos detalles! ¡Sí, supongo que la muerte respira a veces! No sé, borracho, pero ahí a ella se le cerró la garganta. Le arde el esófago con una saña. Ha entendido la traición: humillada en una trampa, la muerte se hace presa de la muerte. Cae. No hay cuerpo, solo un chal negro serpenteando sobre las losetas azules.

Regresa Susana trayendo una taza de té. El desconcierto es apabullante. El té humea en la tacita, como listo para brindar su dulce mensaje de resignación. “¿Meli?... ¿Dónde está? Prometeo, ¿a dónde se fue?”. El ratón, con bailes indistinguibles en las coyunturas, festeja un triunfo que jamás se redimirá. Susana sale, la busca en calles aledañas. ¡Oh, Prometeo, héroe de casi todas las tejas, de casi todas las páginas, no te regreses a la mitología porque acá te veneramos más! Eres la proeza de un amor sellado en hechos, como los profetas predicando con el ejemplo. Es ya tarde para aplaudirte, Prometeo. Y a ti, Susana, es ya tarde para darte el pésame.

Susana regresa a su casa y no cabe en la inquietud. “Esto es raro, Prometeo... esto es raro”. Pasa un tiempo, Susana se pone a caminar de lado a lado, queriendo darle sentido a lo que no lo tiene. Toma el teléfono y llama a casa de Meli. No le importa que ya pase de la media noche. Contesta el señor del hogar, tiene voz ronca: “¿Amelia? Amelia llegó hace rato, como hace una hora”. “¿Está seguro? Porque vino a mi casa”. “¿Quieres hablar con ella?”; el padre desea quitarse de encima a una adolescente impertinente a punto de contagiar su insomnio. Amelia toma la bocina: “¿Bueno? ¿Susana? ¿Qué pasó?”. Incredulidad. Un ladrillo le sume el abdomen a Susana. “¿Por qué te fuiste así no más?... ni te tomaste el té”. “¿Cuál té? ¿De qué hablas?...”. El teléfono no coopera, la acústica no coopera, la mala señal otorga al coloquio un toque de pánico. Susana comprende. Comprende que nada es comprensible y que la Amelia al teléfono

no habrá de responder sus dudas. Cuelga. Prometeo observador. Susana se voltea, se asoma a su cuarto, mira el armario abierto y ve cómo la chamarra está colgada, como si no hubiera sido desmontada hace unos minutos. Suspenso. El destino, desde hace siglos, decidió volverse un vagabundo que apuñala por la espalda. Susana pisa algo extraño. Se agacha y recoge el chal negro. No comprende, el aire es susto, la noche es susto, sus meninges son susto. Se resigna. Se va a la cama y acostada se bebe el mejor de los somníferos: su saliva, la saliva de una virgen elegida por el Olimpo. Susana duerme, como nunca. Es salvada. Susana libre. Prometeo encadenado.

Dicen que cuando matas a la muerte te conviertes en la muerte. ¡No! ¡Tú no inventaste ese dicho, tú eres un borracho inútil! No interrumpas. La noche sigue pasando. Fue la noche menos oscura de todas, ¿se acuerdan?, la semana pasada, el día de San Pedro y San Pablo. En el cielo andaba de vacaciones ese par... ¿cómo que cuál par?... Pues San Pedro y San Pablo, esa noche te digo. Prometeo, nosotros te queremos, nosotros te cuidamos. Rata.

Llega un nuevo día. Susana abre sus ojos de pastora sin rebaño. Camina a la cocina. ¡Qué hambre! ¡Qué hambre...! ¿Galletas? ¿Panqués? No, ella quiere semillas, semillas de girasol. Sus pies se pegan al suelo, están aprendiendo a caminar, cada mañana aprenden a caminar. No hay semillas, solo la bolsa vacía. Rareza. Revisa de nuevo la bolsa. Una única semilla se escurre entre el plástico terreado. Se la come. Molares con fibra amigable. Extrañeza. Se dirige a ver a Prometeo: “Prometeo... malas noticias... espero que hayas guardado algo anoche, porque si no, no habrá desayuno...”. Vileza. No hay nadie en la jaula. Nadie, solo el aserrín y su ausencia. Dicen que cuando matas a la muerte te conviertes en la muerte.

Susana desesperada busca debajo de los sillones, entre los cojines, entre su multitud de anhelos sofocados. No hay Prometeo. Grita entre los muros queriendo que un ratón le hable diciéndole su ubicación. Cuánta inocencia en la niña, cuánta astucia en el ratón. Por la mañana el cuadro se ve diestro y por la tarde se ve siniestro. Girasol, vida, muerte, muerte, vida, girasol. “¡Prometeo!”; por aquí. “¡Prometeo!”; por allí. “¡Prometeo!”; por allá. “¡Prometeo!”; no está. La puerta se abre seguida de un sueño en la mente de Susana. Grita a la calle, ya llorando, convencida de su infortunio y pidiéndoselo a Dios: ¡Prometeo!

Un viejecito a tan solo dos cuadras de la casa, escucha el grito y derrama más de sus ojos, más de sus ojos, más. Pobre. Un amor consiguió, uno que le hizo desmentir su opinión sobre el mundo, uno que se llamaba Susana, hija de nuestra Irma. Viejecito, no te lamentes, sigue viva, te lo juro, sigue viva. El anciano en su puño trae un motón de semillas de girasol, a cada paso va dejando una, por si acaso a la niña se le antoja conocerlo algún día, conocerlo. Arrastra el paso, frota el pavimento con sus choclos gastados. Olfatea las semillas y se atormenta, ansioso por comer una. Pero entonces recuerda: si las come, nunca podrá ver a Susana de nuevo. Semilla. Paso. Semilla. Paso. Semilla. La semilla no puede ser otra cosa que vida.

El grito pasa y cada uno en su lugar llora, llora mucho. Solo se tenían entre sí. Es trágico hasta los huesos. ¿Cómo que no les parece trágico? Ha de ser porque nadie de aquí sabe lo que es la soledad. ¡Ni tú, borracho, ni tú! Susana cae de rodillas. Ve la semillita tirada y otra delante de esa, y otra delante de esa, y otra delante de esa, y otra, y otras. Algo hay en las nubes. Susana detecta que con seguridad, en este mundo que le toca vivir, –a diferencia de San

Pedro y San Pablo— Carón no se molesta en asuetos. Y otra delante de esa, y otra delante de esa, y otra delante de esa, y otra, y otras.

Un viejito camina en la calle. Hay un olor en su puño enteramente atractivo: lodoso y lácteo. Ahí aguarda una docena de semillas que lo encaran con la tentación, no del sabor, sino del suicidio. Semilla. Paso. Semilla. El viejito jala desde su espalda un trapo oscuro enrollado en su camisa. Chal negro sobre la calva del anciano. No hay más.

Les digo, no hay más. No hay más para nadie. Yo ni estuve. Si hubiera estado, hubiera sacado la vieja videocámara de la alacena y hubiera documentado todo; que no te quepa duda, borracho. Se me escapa... perdón... se nos escapa todo. ¿Qué le vamos a hacer? Solo les digo, beodos queridos, que así como el viejo se huye, así me retiro también. Atención, atención, malcriados atención, que esta historia que cuento es pura verdad bendita... Atención, atención, que aquél que cuenta la historia no volverá como ahorita.

SE PREPARÓ EL JINETE

Miro cómo te preparas, jinete. Cuán estúpido, queriendo tener espuelas donde no deberías tener más que huevos. Pero bueno, aquí no hay clase, aquí no hay estilo. Entre más dure por aquí, más se desvanecerá mi buena forma. Qué joda eso de volver. Mi madrecita es medio santurrona, dice que si aquí nació, aquí me he de morir. Pero se equivoca, tanta iglesia le volvió el alma pastosa, como advenida de una sobre dosis de fe, pero de fe grasienta, como manteca rancia de chicharrones. ¡Ay, mi madrecita! ¿Por qué le molestará tanto lo que hago? Solo me gano la vida y me la gano como los hombres. Eres un jinete flacucho, no lo entenderías, seguro solo piensas en caballos y carreras. Yo que conozco lo genuino de la buena clase, no me puedo dar el lujo de ser tan salvaje como tú. Jinete idiota, ¿te gustaría ser hijo de mi madrecita? De seguro a ti sí te querría, por maricón. No me será difícil tronarte la frente de un buen balazo. Te confieso que no necesito más motivación que tu afeminado aspecto. Poco a poco mis pensamientos se traducen en un bagaje poético. Sé que no es normal hablar y pensar así, pero me auxilia. Arrancan. Vuelan y bufan. Pobre animal bajo tus piernas, piernas de poco talante. El caballo se ha de entumir de tanto llevar auestas a un bicho. Y es bonita la bestia, más bonita que tu cara de cobarde. ¿Y si te robo el caballo? Seguramente te mueres de hambre, tremendo huevón, sacudiendo al pobre penco para ganar una carrera. “Oiga, ¿cuántas vueltas le van a dar?”. “Tres, ¿qué nunca había venido o qué?”. me voy a aguantar las ganas de responderle, nomás porque tengo otro oficio. Ranchero pendejo, contestarme de esa forma, ya te quiero ver cuando no distingas si lo que te tragas es fango o sangre. “No. Esto es nuevo para mí”; gracias

a Dios que es nuevo para mí, no me gustaría verme como los otros, ahí aullando sandeces por ver ganar a un maricón o a otro. ¿Dije ‘pendejo’? ¿Dije ‘maricón’? “Mmm”. Técnicamente fueron palabras que pensé. No suelo usar insultos vulgares. Me exasperé... pero carajo ¿cómo no usarlos en este sitio de fatuos e indignos? Tremendos retrogradadas, se les ha olvidado que ya inventaron los transportes de motor. Qué... Tres vueltas... “Mmm”. Se me ha pasado, el muy marica se me ha pasado. El arranque fue abrupto y se me pasó. Ni modo, espero a la siguiente vuelta. ¿Por qué carajos no lo hacen como se debe y se echan la carrera a una recta de cuarto de milla? ¿Quién chingados se creen? ¿El Derby de Kentucky?... pendejos. Dije ‘pendejo’ otra vez. ¿Apoco ando exasperado de veras? No lo creo. ¿Y si me ven? Qué importa, entre tanto miedoso, quién se va a poner al brinco. Salta rana y yo te atravieso con un dardo calentito. ¿Sabrá leer esta gente? Pobres, no saben de lo que se pierden. ¿Sabrá leer aquel jinete? No. Alguien que lea no podría ser parte de este circo tan mediocre. Pícale a la montura para sentirte fuerte, pícale a un animal torpe, sin voz, muy fácil. Pero ven y pícame a mí, ¡a ver jodido!, ven y pícame a mí. También te mando un dardo calentito. No, no sabe leer. Y con leer me refiero a degustar la lectura. Si supiera de lecturas, sabría también sobre jinetes de buena envergadura, jinetes que ni en sueños utilizarían a los caballos para estas carreras tan fregadas. A ver, te reto: entre tus saltos voltea a las tribunas, mira a tus vecinos gritando como poseídos y explícate cómo esos puños sosteniendo los billetes del diablo pueden ser suficientes para humillar a tu vehículo vivo. Me estoy riendo por dentro, sí, me río. Quiero verte a los ojos, para no solo matarte con la pólvora, sino para disponerte un saludo que te dure hasta el infierno de ser posible. Carajo, no me vio. Y se me ha ido otra vez.

¿Esta fue la primera o ya fue la segunda? Fue la segunda porque siguen corriendo. Qué bueno. Qué distraído. “Sí me dijo que tres vueltas ¿verdad?”, “¡Uquela Chingada!... Aparte de pendejo, sordo. Sí te dije que tres. Es hasta obvio, ¿qué no lees el letrero? la pista mide quinientos”. Ahora si le voy a romper la madre, con quién cree que trata. Tranquilo. Respiración pausada. Así es esta gente, clandestina y sus modales también son clandestinos. Me estoy contagiando de su nefasta actitud, he perdido la cuenta de cuántas picardías he dicho. Cuánta vergüenza siento al hablar como ellos. Peor aún, cuánta vergüenza siento al vestirme como uno de ellos. Me revientan estos picos de arlequín hinchado en mis pies. Botas de piel de cocodrilo. ¿Habrá sufrido el cocodrilo tanto como este caballo? No divagues. En mi oficio divagar es un pecado, en dado caso yo soy un agente frío, perfecto, un depredador nato. Botas de cocodrilo, zapatillas de arlequín, botas de arlequín, zapatillas de cocodrilo, botas con zapatillas, un cocodrilo arlequín. No divagues te digo. ¡Oh, nada se puede hacer! Esto es en exceso aburrido. Bueno, no me puedo quejar, el calzado es adecuado, después de todo esto es muy parecido a un carnaval. ¡Se me han pasado otra vez! ¡Por segunda vez! Voy a sofocar la maldición en la que estoy pensando, porque no soy como ellos. Pobres oídos castos queriendo contenerse ante tanta grosería en el ambiente. Debo dejar mi sarcasmo, no es momento. En mi trabajo se consuman las venganzas más justas, pagándolas con las más injustas. Me van a pagar por matar a alguien que sin duda merece morir, un jinete, otro falso héroe. Jinete idiota, deberles a los jefes, perder dinero de los jefes, tratar de huir de los jefes, correr con la suerte del severo juicio de los jefes, morir bajo las garras del mejor sicario de los jefes, ser enlozado con el mandato abrasador de los jefes. Nada tiene que ver una cosa

con la otra. Jinete mediocre, cómo se te ocurre meterte con quien no se juega, con los jefes de la ciudad, ¡tú!, tú, desde un pueblito miserable como el mío, desde el pueblito dónde según mi madrecita yo también moriré. Pero tú morirás primero. Buena sorpresa será para tu equino, quien después de asustarse con tu abrupta caída, se sentirá confuso con una libertad dichosa y furtiva. Así imagino que sucederá... Mierda, ya pasaron la media pista y ni he desenfundado el arma. ¿Cómo lo haré? La empuñaré cual revólver mágnum: entre la nube de plebeyos, el plateado gatillo brillará trayéndome la autoridad perdida. Entonces el ranchero a mi lado me suplicará y pedirá perdón. Te lo advertí, ranchero, prueba el barro coagulado y pláticame a detalle su sabor. Sí. ¡Ah! Está fría. No debí meter la mano al bolsillo tan de repente, mis manos suelen mostrarse respetuosas con el acero de la pistola. Después de todo es un artefacto que quita vidas. Lo haré lentamente. Así. La tengo. Pero... claro, no es una mágnum, ni brilla como mágnum. Es una escuadra, negra. No impresionará a nadie y menos así como la tengo, en el bolsillo. Mire a donde mire, veo pura mugre, mugre convertida en lugar y mugre convertida en gente. Yo vengo de la capital, ahí me he criado, ahí mis padres son los jefes. Madrecita, perdóname, pero mis padres son los jefes. Me han enseñado que soy bueno para algo. Dilucido con poco más que gracia y distingo con discernimiento afilado. Gracias a ellos. Así que ocupo mi dote. De cuando en cuando, mi misión es equilibrar el bien con el mal. Soy la sala de juntas entre el oscuro y el luminoso. ¡Válgame! La anterior frase no me la compra ni Neruda. Bueno, madrecita, no debes querer a gente como el jinete, porque sus martirios no son más que hipocresías. Mira al pobre caballo con los muslos trenzados, ya sangra de tanto espuelazo. Yo resuelvo los asuntos que Dios no se atreve. El jinete se

metió con los jefes, los jefes son mis padres, mis padres viven en la ciudad y en la ciudad vivimos de otro modo. Ahí no tenemos carreras de caballos, tenemos carreras contra el tiempo. Mis padres tienen dinero. Si es sucio o limpio, eso es claro: es sucio. Pero todo el dinero, absolutamente todo el dinero, es sucio. No hay dinero limpio. El dinero nació siendo sucio. Los jefes tienen dinero sucio, pero es suyo, muy suyo y nadie debe robárselo. El jinete es un ladrón y yo, yo solo busco saldar las cuentas. El perdón le ha sido negado por los jefes, yo no puedo desobedecer el dictamen de los jefes, ni puedo, ni quiero. ¿O qué? ¿También vas a querer robarte el amor de mi madrecita como te robaste el dinero de mis jefes? Responde. Mierda, he gritado. Me ha visto, el jinete me ha visto. Pero no me conoce. Ahora sí estoy nervioso. El ranchero a mi izquierda es el único que me ha oído. Solo me ha lanzado una mirada de repudio. Me ha intimidado. No lo puedo creer, pero ese donnadie me ha intimidado, a mí, al mejor, al erradicador de esperanzas, a mí, oriundo poseedor del récord de cadáveres conseguidos. Tranquilo. Si sigo así se me irá otra vez. ¿Sabrá que su fin ha llegado? Lo dudo. Tamaño maricón, viene sonriendo. Quién lo diría, va ganando la carrera. Si ganara tal vez alcanzaría a pagarles a los jefes. No, no, no. No es mi problema, mis órdenes fueron explícitas, debo eliminarlo. Debo enseñarle, con algo de plomo didáctico, que no todo en la vida es una apuesta, hay cosas con las que no se juega. ¿Acaso creería que viniendo aquí no lo encontraríamos? Un jinete ha de ser un espíritu muy despistado. Se le ha metido tanto aire por las orejas que ha de creerse igual de fluido. Es un soñador, mitiga sus ansias con la ilusión de ganar en todas las carreras. ¿Un soñador? Pero un soñador disfruta su aventura y él, aunque sonrío, no olvida sus miedos, no olvida su responsabilidad. Está sufriendo, por eso va

ganando. No es un soñador, es un empresario, un banquero, un obsesivo avaricioso. ¡Claro! ¿cómo no lo vi antes? Un soñador busca una libertad perpetua, en cambio este jinete solo quiere ganar para salvarse el pellejo. Cobarde, mejor hubieras sido un soñador y tal vez, solo tal vez, te respetaría más. ¿De qué sueño hablo? Más que sueño, me están pegando mis frecuentes bostezos. Divago demasiado y no ando fino; eso es un horror. En casa los jefes me adiestraron, me dijeron muy claro: ‘Mira, Mario Otoniel, aquí venimos a quitarte esos modos de sapo, para que en lugar de andar saltando a lo baboso, tus pasos queden acolchonados, como los de una pantera sigilosa’. Desde entonces vengo pensando que, si acaso es cierto eso de la reencarnación, yo volveré al mundo en forma de gato. Sigilo. Sigilo y puros sueños. Soñamos con ganas a un solo ritmo. Ahí viene el jinete. ¿Y si sí es un soñador? ¿Aun así lo mato? Mejor estar seguros, le echaré otro vistazo, ahí viene. Ha dejado las riendas, sujeta férreo las crines y las jala tanto que parece las arrancará. El caballo asustado no puede más que seguir. Miedoso, ya te vi la cara, estás aterrado, el miedo a morir es tu fuele. Y eso que tú piensas que será mañana, o después, pero ¿qué dirías si supieras que entre la gentuza espectadora está tu verdugo? tu amado verdugo. Enloquecerías. Ahora estoy seguro, tú no eres un soñador. Los soñadores componen versos, son poetas, aman a la vida, pero no le temen a la muerte. Tú nunca serás poeta, tú nunca serás jinete. Tu rocín tiene el hocico partido de tanto bufido, tu rocín sueña por los dos, es un animal admirable. ¡Rocín! Pero claro... Rocinante, como el caballo de Don Quijote, ¿te acuerdas? Cómo te vas a acordar si no eres más que un ignorante, un disque domador. Ni has leído nunca. Rocinante es mítico. Aunque, en este caso estaría más a favor de invertir los papeles. Sería una alegoría más justa. Don

Quijote era el soñador, hasta soñaba despierto y, aunque loco, su inocencia se justificaba en lo simbólico de su evasión. Su sueño atendía a la búsqueda de esa libertad infinita que mencionaba hace rato. Rocinante era un caballo flaco, cansado, viejo, si por él fuera, jamás hubiera ya salido del establo. Aún arrastrado por las locuras de Don Quijote, nunca se sintió satisfecho, por lo cual tampoco dejó de ser flaco, cansado y viejo. Si rocinante hubiera hablado, hubiera sido más cruel que Sancho. A Don Quijote no le bastó el famélico aspecto de Rocinante para convencerse de lo triste de la realidad y eso que era bastante prueba. He explicado esto porque... ¿por qué? Ah sí, porque tú, jinete maldito, no eres más que un Rocinante y tu caballo es el verdadero Quijote. Ya lo veo y cuán gracioso es. Alonso Quijano a gatas, mientras Rocinante se le sube en el lomo y le ordena ¡Arre! ¡Arre! ¡Oh, ahí viene! Ya están cerca de la última curva. Que coincidencia, yo pensar en la palabra ‘Arre’ cuando, aquel pusilánime también gritó ‘Arre’. Interjección misteriosa esa tan usada con los equinos, no sé quién la habrá inventado, pero aún no le hayo ningún sentido. No divagues, carajo, que no divagues. Ya se te ha ido dos veces y no va a haber tercera. Tu caballo sueña con ser libre, lo noto, lo huelo, por eso corre tan alarmado. Sin querer te arrastra en su sueño y, a pesar de su máximo esfuerzo, a ti no te complace, eres insaciable. Tú quieres comodidad únicamente, quieres quedarte en tu establo bebiendo cerveza, teniendo mujeres, esclavizando sirvientes. Quieres saborear la gloria a costa de tu compañero. ¿Serán así los demás jinetes? Es posible, al menos todos corren igual, dejando la misma polvareda egoísta. Si así fuera y todos esos fueran iguales, tendría que matarlos a todos. Por lo pronto me conformo contigo. Tus sienes quedarán perforadas por algo más que un mensaje de justicia y nadie llorará tu ausencia, pues así lo

disponen los jefes. Los jefes, mis padres, se han enamorado de la frontera y a ella, al igual que yo, le deben toda su fortuna. Benditas sean las hadas de la frontera, pues nos han ungido con la abundancia. Y vienes tú, un simple corredor de caballos que no participa de nuestro sagrado comercio, a querer ensuciarlo todo con pisadas de bólido. Inconcebible. Nosotros no nos dedicamos a las apuestas y poco nos importa si unos pueblerinos se ven afectados por la arremetida de la justicia. Yo soy el combatiente efectivo, la puntería predilecta de los jefes. Ya dos veces te he perdonado con alevosía, pero ha servido para que escuches mi desprecio. Si no puedo evitar divagar, entonces mejor te suelto todo de corrido. Así vació mi enojo primero y vació mis cartuchos después, en ti. Todos los versos grises que en mi vida han educado a mis sentires, siempre me ayudan a cumplir con el ultimátum. He matado muchas veces. Tanto tiempo sin volver al pueblo y hoy regreso por culpa del trabajo. Quizás puedo presumir como los empresarios, ‘he venido aquí por asuntos de negocios’. “Oiga ¿si es la última vuelta, verdad?”, “Sordo, pendejo y no sabe contar...”; oigo las risas de varios de la misma camada. Ríanse porque luego no van a poder. “¡Claro que es la última!”. Confirmado, solo una oportunidad más. Trabajo cotidiano acertar a un blanco en movimiento, no hay margen de error, no lo necesito. ¡Ah, está fría! Ignóralo, ya habrá tiempo para pedirle perdón por no guardar las formas. Ahí vienen. Sigue “Rocinante” encabezando al grupo. He sacado la pistola. Momento, no la he sacado, se ha atorado. Ya. Libre, un tiro libre. Todos aceleran. Dios, están volando, es una estampida de Pegasos café y rojos. La gente se ha olvidado de sus asientos y se vienen al borde de la pista. Pandemónium. “¡Échale ganas, cabrón, ya ganaste!”; ranchero imbécil, no era necesario gritarme en el oído. Allá vienen. Qúitense,

no me van a dejar disparar. “¡Me están aplastando!”; a nadie le importa mi grito. No, no puedo fallar, mis padres son buenos, ellos me han educado, por ellos he leído, por ellos soy distinto a toda esta masa nefanda. ¡El Quijote! Sí, al Quijote no lo hubiera leído si no fuera por mis padres. Ni a Neruda, tampoco a Neruda. No, no puedo fallar. “¡Quítense!”; nadie oye. El ruido es muy superior a mi voz. ¿Acaso estoy llorando por dentro? Una jauría de brutos me está despojando de mi trofeo. Mis padres no merecen este pago. “Ahí viene. ¡Eso, Pinche Ratón! Ya casi. Ya casi...” ¿Ratón? Sí, ese es su mote. Le queda como anillo al dedo, alimaña insignificante. Ya no puedo ni ver la pista, solo gente frente a mí. Solo veo la arcilla levantándose, un nubarrón, un enjambre. La gente adora al Ratón, no es sorpresa, el ser humano tiene la estorbosa habilidad de admirar siempre a las deidades equivocadas. Como mi madrecita. La tierra se levanta por allá. Buen indicador de que van en la última curva, antes de la recta hacia la meta. El griterío crece a un nivel insoportable. He fallado, he fallado. “¡Uuuuuul!” El sonido de sorpresa es unánime. Las gargantas lo emitieron al mismo tiempo en fúnebre cumplimiento de lástima. ¿Qué pasa, qué pasa? No puedo ver. “¿Qué pasó?”. Ese es el sonido de varios jinetes pasando la línea de meta. ¿Habrá ganado el Ratón? Lo he dejado coronarse con méritos ajenos, yo lo permití, por mi incompetencia. Ahora es obvio que lloro por dentro. Mis padres. La escuadra que en algún tiempo quiso ser mágnam, se ha quedado con las ganas de ser utilizada. La multitud se desvanece en varios sentidos, pero un buen grupo se dirige a la última curva. Quiero ir con ellos. Voy con ellos, total, un poco de morbo es factible para un pobre perdonavidas. ¡Válgame! ¿Es posible? Un tipo: “¡Ratón! ¡Ratón! Responde”, “Está muerto, ¿qué no ves? Se ha desnucado”, “Pinche caballo, buena hora elegiste

pa' romperte una pata". Estoy viendo borroso. Le han pegado un balazo al rocín. Mis epifanías no deberían ser dolorosas, padres míos, jefes desde la ciudad. Si es que me oyen, tengan en cuenta que un pésimo hombre se llevó consigo a un excelente soñador. Caballo. Muerto. Muertos. Gano yo y pierdo yo, pero aún es posible que las alternativas me jueguen una broma y todo sea mentira. Las erratas del hombre provocan que el destino acierte en sus citas. No es lo mismo morir a ser asesinado, sin embargo, los dos cuentos terminan con un cadáver. Zumbido. Creo me he vuelto loco. Me agacho, como otros curiosos, para ver más de cerca al Ratón: "¿Qué pasó?", "O sea que aparte de sordo y pendejo, también estás ciego..."

MARIOTO

Si los muertos no se saben muertos es porque se enamoran de los vivos. Y ¿quién podrá negarlo en el caso de Marioto, el gato albino de la calle 29?

Se raspa el pelambre el gato en todas las paredes de la casa, con ganas de no sentir frío. A veces se va para menear su cola en otros aires y deja sola a Ana Karen Medina González, pero no puede dejar de extrañar a Ana Karen Medina González y regresa. A veces se va a pasear al parque Urueta para esconderse bajo el resbaladero de cemento o comerse el helado que a los niños se les cae. Eso hace de día, de noche sólo él sabe. A las madres responsables les da miedo Marioto porque no parpadea. A las madres irresponsables también les da miedo Marioto porque no parpadea.

La extrañeza de Marioto está en su contoneo, resultado de tener huesos de más. Marioto solo admira a dos clases de seres humanos, a los contorsionistas y a los bebés; a los primeros los imita al erizarse y a los segundos al maullar. Marioto solo ama a un ser humano, a Ana Karen Medina González. Pero en cambio, aborrece, odia con todas sus fuerzas a la iglesia, el templo puntiagudo de la calle Santos Degollado. Para él, esos vidrios y esas campanas, esas formas tan celestiales, alteran la perfección lograda en el parque por la penumbra y el grafiti. Jamás ha de acercarse el gato a la iglesia. Si por error y casualidad Marioto queda cerca del templo, sus músculos de felino escuálido se crispan y su rostro se traba hasta parecer un plato. Entonces empieza a caminar de espaldas, como video en reversa y se va pasito a pasito, con los bigotudos pómulos todos tensos.

En una de esas, Marioto con su marcha invertida, se bajó de la acera sin voltear y una camioneta lo aplastó. El gato y su repelente de ángeles: el chicloso albino que se muere y combate con saña la idea de morir porque Ana Karen Medina González no se va a morir con él. Pero sí, se murió el gato.

Y en el trance superfluo entre la vida y la muerte, trayecto que los hombres temen —y hay que decir que le temen solo por ser unos viles cobardes—, Marioto amó endiabladamente. Recordó sus faltas y sus razonamientos trastornados, pues sus dones le fueron aguzados desde su nacimiento. El gato por vez primera sintió, sintió la desgracia de nuestra especie, sintió el hálito finito y se atragantó pensando en todas sus víctimas. Se preguntó si acaso aquellas víctimas tuvieron el mismo trance que ahora él experimentaba. Se preguntó si reposaría alejado de tales. Se preguntó si reposaría acaso. El gato por vez primera sintió, pero más bien, creyó sentir. Se engañaba para negar la ausencia de su alma hasta el último minuto. Marioto no sintió nada, ni al morir.

Luego, unos vendedores de fruta quitaron su cadáver, casi puro pellejo, del pavimento. Lo aventaron a una zanja de árbol. Para Marioto todo era pavor porque ya no estaba vivo. De entre las ilusiones que puede hacerse un inerte, las peores son las del gusto. Cuando en exagerados ademanes —más allá de toda ley— y con falsa ira, acometía contra quien se dejara, ni el terrible rasguño, ni las gargantas plétoras, ni el triunfo de la impunidad, le pasaron cuentas al éxtasis. Descubrió que nunca había degustado la portentosa vida. Entonces se inyectó miedo desde el lúgubre espíritu y se refugió en la esperanza de volver a matar, motivándose bajo el placer que el crimen le proveía. Nada más artificial, nada más engañoso. Se

equivocó, porque su funda peluda, su clavo con el mundo, habría de descomponerse entre la tierra.

En el fondo, la calamidad estática del maldito, se aferraba –a la par de su sed de violencia– a un deseo más terrible y más pecaminoso que cualquier odio o manía: el patetismo del amor. Ana Karen Medina González. Ana Karen Medina González. Pobre de aquella. Pobres infantes de helados caídos. Pobres madres atolondradas. Pobres todos, quienes acostumbrados a la vida corriente, ahora dependemos de la estabilidad, más que nunca desagradable, de una niñata y su gato. Pobres.

Así que cuando la gentuza dejó de reírse del cuerpo rasgado de Marioto y se fueron a dormir, él se levantó y de un latigazo alineó sus miembros. Ya hubo un nuevo gato, que no tiene cuerpo, pero parece tener cuerpo. El nuevo gato volteó para despedirse de su viejo atuendo y no pudo dejar de alterarse: gritó como gritaran en antaño sus viejas amigas las viudas. Aun así, asumió el sacrificio como necesario. Fue a casa con más apuro que de costumbre.

Entra. La pobre Ana Karen Medina González saluda a su minino, le hace monerías y empalagosas caricias, lo deja... y ni siquiera se da cuenta de que está muerto.

DOS ROSAS

–Ay mijito, estoy entre apenada y desilusionada... ¿Qué fue eso?

–Ay madrina Conchita... ¿Qué le digo?... bueno, gracias por la visita.

–El capi Ortega me dijo que tenía media hora, que ni un minuto más.

–Válgame, ya hasta parece que soy el Chapo.

–¡Caramba, muchacho! Pero es que cómo se te ocurre, ¿Qué estabas pensando?

–Ay madrina, con su perdón... pero no la friegue, fue solo una rosa.

–¡Dos! Dos, mijito... y pues sí, mijito, serán dos rosas nomás, pero esas no son las formas. Bueno, una cosa sí quiero que quede en claro, yo no sabía que eras tú cuando llamé a la polecía. Ya te reconocí hasta que llegaron y te echaron el guante.

–¡Pero madrina! ¿Cómo no se iba a dar cuenta de que era yo?

–¡Caramba! Y yo cómo iba a saber, yo solo vi por la ventana a un bruto que se atrevía a romperme los rosales. ¿Cómo te iba a reconocer tan barbudo como andas? ¿Ya cuántos años hace que ni me visitas? Estás bien cambiado ¿Yo cómo iba a saber?

–La verdad, lo siento mucho, madrina... Ya sé que no estuvo bien, pero esto es demasiado. Hable con el comisario ese pa' que ya me suelte. Andar aquí tras los barrotes, no es de Dios.

–¡Pues claro que no estuvo bien! A ver ¿por qué no tocaste la puerta? ¿Pa' qué querías esas rosas?

–Pues... pues, no le miento, llevaba prisa.... Y... y algo de vergüenza. Además... sabía que si se las pedía no me las iba a dar. Yo sé cómo cuida sus rosas, madrina.

–... No te equivocas... quiero mucho a mis rosas.

–Sí...

–Pero también te quiero a ti... chamaco cabrón.

–Ya no soy un niño, madrina.

–No, pero haces pendejadas de niño... A ver, dime ¿qué andas haciendo acá en el pueblo? ¿a qué se debe el milagro?

–Vine a ver a alguien.

–¿A alguien? Ah... ya veo... ¿Una novia?

–Ah, madrina, qué cosas dice.

–¡Caramba muchacho! Si no ¿pa' qué cortar rosas? Caramba mijito, si yo ya vengo cuando tú apenas vas.

–Me hace reír usted. Bueno, pues no le miento, es algo así. Por eso le pido, madrina, que hable con el comisario ese.

–Ya salió el peine... ¿Y quién es la afortunada?

–Madrina... por favor.

–¿Y qué? ¿Ya tienes buen jale? Porque me parece muy bien que andes de novio, porque ya te nos estabas pasando de mole. Como que ya va siendo hora de que te aplaques y te matrimonies con una que valga la pena.

–Ah, qué madrina... si viera lo lejos que estoy de eso.

–¡Ah, pero qué muchacho tan cabrón! ¿No me estabas diciendo que ya traes novia?

–No... dije que algo así. Y del jale, pues ninguna buena noticia, desde que cerraron la mina todo ha ido pa' abajo. Ahorita lo que hago es vender piedras de mineral, de las bonitas para adornos, pero está muy jodido el negocio.

–¿Y quién compra eso?

–Algunos perdidos que llegan por allá a Portillo. También los lunes le llevo una caja a unos vendedores de artesanía en Chihuahua.

—Entonces sigues en Portillo... ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué ya no volviste a la casa de tu tío Omar?

—Entré a la mina. Y cuando se murió, ya no me dieron ganas de volver a esa casa.

—Pero es tuya y está toda abandonada.

—Pues sí, pero cuando entré a la mina, un amigo de Portillo me dio un cuarto que no usaba, de a gratis, y allá me quedé pa' no tener que estar yendo y viniendo.

—¿Y por qué no te despediste?

—Porque no iba a poder. Y necesitaba largarme. Necesitaba largarme mucho a la chingada.

—¡Caramba, muchacho! Cálmate.

—Usted no sabe cómo ha sido madrina. No lo sabe.

—¿Qué cosa? ¿Que se haya muerto Omar?

—Todo. Mi vida en este pueblo siempre fue de puros pesares.

—... eso sí... siempre lo supe. Eras un chavalito triste. Yo siempre pensaba que era porque te tocaba estar cuidando de Omar, cuando en realidad querías andar jugando con tus amigos.

—Se equivoca, madrina, a mí nunca me pesó cuidar a mi tío. Él siempre vio por mí y me dio techo cuando mis papás me abandonaron. Nunca me pesó ayudarlo de vuelta. Por eso también se me partió el corazón cuando se nos fue.

—Entonces ¿por qué siempre andabas cabizbajo y con los ojos llorosos?

—No siempre, eso fue ya en los últimos años. Cuando tenía quince, más o menos.

—Bien que te acuerdas.

—Y ¿cómo no me voy a acordar?... Esas cosas se quedan tan hondamente guardadas, que luego salen pa' obligarlo a uno a robar rosas.

—¿Qué dices? O sea que...

—Ah, madrina... yo no creo que usted quiera saber esa historia.

—¡Ah, caray! ¿Y tú qué sabes de lo que quiero y no quiero? Andas muy alebrestado, Luisito. Me importas tú, caramba. ¡Mírate, ya hasta andas preso!

—¡Ah! Preso por culpa de sus exageraciones, madrina, ya parece que de veras soy un criminal.

—Pues criminal o no, a mí me cuentas bien cómo está el asunto y te dejas de misterios y tarugadas o no hablo con el comisario ¿cómo la ves?

—Qué dura es usted, madrina...

—Duro tu proceder, malcriado cabrón. Te largas sin despedirte, te esfumas por más de una década y de pronto apareces rompiéndome los rosales, de vil ladrón, sin pasar a saludar... y pa' acabarla... te pones de remilgoso con tus explicaciones. No señor.

—Supongo que si se le ve así... tiene sentido... pero es que, madrina, usted no sabe lo que yo he sufrido.

—Pues empieza a contarme.

—Es que yo no sé si sea bueno contarle...

—Ay, muchacho... a estas alturas hay poco que puedas contar. ¿Tú de veras crees que yo no me he enterado? No seas ingenuo... aquí de todo se entera uno: “pueblo chico, infierno grande”. Ya te la sabes.

—Madrina... ¿usted...?

—Sí, yo sé. O al menos sé una parte. La parte importante, supongo. Así que... venga... conmigo no te apenes.

—No debería de creer todo lo que le cuentan, madrina.

—Ay mijito, pues si a mí no me cuentan, yo lo vi. El que no veía era el pobrecito de tu tío por sus cataratas, pero... ¿apoco crees que yo no te llegué a ver cómo te pintabas esa boquita bonita? ¿o cómo

te sombreabas los ojos con harto detalle? Ja. ¿No te dabas cuenta de que no cerrabas la ventana?

—¡Madrina!

—¿Y qué? A mí me vale sorbete eso. ¿O qué? ¿Vas a dejar de ser mi ahijado por tamaña babosada? No, si por eso nunca te dije nada.

—Ah madrina... pero eso fue hace mucho...

—Ajá, hace mucho. Eras un chavalo todo flacucho. Ja. El mejor portado, eso sí.

—El más taimado, querrás decir.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por eso?

—Yo la quería mucho a usted, madrina, pero no supe cómo decirle que ya todo se me había ido por el caño. Todo a la fregada. No supe decirle que todo aquí me olía a pérdida.

—Eso pensé. Por eso no te mandé a llamar, ni te dije nada....

—De veras lo siento, madrina.

—No solo perdiste al tío. Tú perdiste algo más ¿verdad?

—Sí madrina, perdí mucho más.

—... ¿Y bien?

—Pues si tanto quiere saber, le diré que dos veces este pueblo me partió la crisma, una con la muerte de mi tío y otra cuando se fueron los Medina.

—¿Los Medina? Pero ellos se fueron antes de la muerte de tu tío.

—Unos días antes, sí.

—¿Por qué los Medina?

—Por Felipillo. Él era mi todo.

—Felipillo.

—Sí, Felipillo. Mi gran amor de secundaria. Suena muy estúpido ¿verdad, madrina?

—No.

—¿Quería saber, no? Mire que me acuerdo y se me vienen de golpe las ganas de llorar. Y más aún porque me veo aquí y sé que en cualquier minuto se me escapa para siempre la oportunidad de volverlo a ver.

—Cuando venía entrando a la comisaría, pasó una troca de las nuevas y reconocí que ahí venían Felipillo y Ana Karen Medina. Eran ellos.

—¿A ellos sí los reconoció?

—No están tan cambiados, a pesar de los años. ¿Cuánto tendrá que se fueron?

—Catorce años. Catorce años de que murió el tío. Catorce años de que me fui yo también.

—Cierto.

—Y ahora se me va a ir y quién sabe si tendré que esperar catorce años más para tener otro chance.

—Supe que vienen porque van a vender su vieja casa. ¿Se habrá muerto Don Felipe?

—Ojalá.

—¡Luis!

—Ese viejo era un hijo de la chingada.

—¡Luis!

—Es la verdad. Me las debe. Nos las debe a todos.

—Pues yo supe que ya estaba muy malo y no se podía mover. ¿Qué te hizo?

—No poca cosa. Pinche viejo. Pero en cambio, a Felipillo yo le debo mucho. Era un vago, maloso a veces, pero nunca como su padre. Me pregunto si ahora ya se habrá maleado. Era demasiado vago. Los profes lo castigaban a cada rato. A veces yo me hacía castigar también, sólo para acompañarlo. Fuimos felices, madrina. Todas

las tardes nos íbamos al escampado detrás de la loma, a la vuelta del camino de entrada al pueblo y ahí la pasábamos, platicábamos mucho y juntábamos vainas de esquite para morder. Los viernes siempre me traía una rosa roja que se volaba de sus jardineras madrina; yo sabía que eran de las suyas, madrina, porque cuando yo regresaba a la casa, antes de que oscureciera para darle de cenar a mi tío, notaba el tallito cortado en sus rosales.

—Así que Felipillo era el canijo ladrón. Hasta hoy me vengo a enterar. En cuanto me descuidaba, ya me había dado baje. Nunca sospeché de él. Fíjate que desde entonces les tengo harto coraje a los ladrones.

—Por eso ahora le marca a la poli a la más ligera señal de robo de rosas.

—Por eso mismo. Es que... ¿Por qué se meten con mis rosales?

—Pues porque son los más bonitos del pueblo.

—Eso no justifica el robo... Pero bueno... ya... ¿Don Felipe qué te hizo?

—Mejor te digo qué me hizo mi querido. Felipillo me enseñó lo que era el amor, madrina. Te juro que me enseñó. Era un buen profesor en la materia. Era tierno. Y entre beso y beso se nos cuajaba la certeza de lo necesario del secreto. Éramos unos mocosos: quince años. Y él con tanta rabia roja en la piel. Era alto ¿te acuerdas?

—Sigue siendo. Pero ¿Qué te hizo don Felipe? Dime...

—Recuerdo que Felipillo por lo menos cuatro veces me convenció de echárnosla de pinta. A él le gustaba irse pa' Chihuahua, que porque el pueblo le aburría. Nos íbamos en bici hasta el entronque y de ahí pedíamos aventón. Era la mera vida, madrina, la mera vida. Una vez, en Chihuahua, andábamos en un parque del centro y que al Felipe se le ocurre agarrarme la mano. No pasaron ni

dos minutos cuando un trío de maloras se nos acerca: “¿A dónde, pinches putitos?”. Felipillo, que era muy broncudo, pa’ pronto se le dejó ir al hablador. Le puso tan tremenda chinga, que los otros dos no quisieron entrarle. Llegaron un par de chotas y salimos corriendo. Nos trepamos a un camión que nos llevó a Ávalos y la libramos. No pasó de ahí. Qué buenos tiempos. Y qué gran tipo era mi Felipe.

—¡Ah, qué chavalos!... ¿Pero y luego? Oye ¿lloras?... Las cosas se acaban mijo, el amor pasa ¿qué no lo sabes? Vamos, no es pa’ que llores tanto. Si te vas a poner así, entonces ya no me cuentes.

—¿No que quería saber?

—Pues sí, mijo, pero se me parte el alma de verte así. Y sin poder abrazarte... por estos barrotos del diablo.

—Le digo que hable con el comisario, madrina.

—Sí ya hablé con él, mijo. Ya les dije. Pero me comentan que te quieren interrogar primero.

—¿Interrogarme de qué? ¡Cómo le hacen al cuento! ¡Fue una rosa, nomás! Y usted ya me perdonó. Porque usted ya me perdonó, madrina Conchita ¿verdad?

—Dos rosas, hijo, dos. Pero...pues... mejor cuéntame ¿Qué te hizo Don Felipe? ¿Se enteró?

—Se enteró el pinche viejo. Y se pasó de lanza. Mi Felipito, mi pobre Felipe no merecía lo que le hizo. Mi Felipillo era luz, era amor del bueno. En otra de esas veces en que nos escapábamos a la capital, a él se le antojó que nos fuéramos más lejos. Le había volado a su padre unos billetes y con eso pudimos pagar un camión de los que salían del centro. Nos fuimos a Satevó. Hágame el favor, a Satevó. Solo porque nos gustó el nombre. El pueblo nos pareció tan desierto como el propio, pero sí ofrecía una novedad: tenía un

río muy bonito. O al menos así me pareció, o así lo recuerdo. Tengo bien memorizada la temperatura del agua y sus labios mojados diciendo que me quería. Hacer el amor en un río es algo por demás delicioso. Con su disculpa, madrina.

—A mí no me pidas disculpas. Ya te dije.

—Lo quise mucho, madrina, mucho.

—Te creo, mijito.

—Yo creo que desde ese viaje, el pinche viejo de su padre empezó a sospechar. No llegamos sino hasta la madrugada. A Felipillo lo castigaron y por tres días no pudo salir en las tardes a la loma.

—Creo que me acuerdo de esa ocasión. Yo andaba bien preocupada, pero como tu tío andaba más, pues no dejaba que se me viera y trataba de calmarlo.

—Ja. Recuerdo que me regañó, pero parecía más aliviado que enojado.

—Él te quería mucho.

—Y yo también a él. Por eso cuando se murió se me acabó lo último que me retenía aquí.

—Gracias por lo que me toca.

—Con usted era diferente, madrina.

—Sí, sí, sí. Una vecina nomás.

—No diga eso.

—¡Ah! Mejor ya dime de una vez qué fue lo que te hizo Don Felipe.

—Yo creo que le llegó el pitazo de que su hijo y un amigo se iban a diario a lo apartado de la loma. Quizá hasta le llegó el pitazo sobre algo más. A mí se me hace que fue la viuda del yermo la que cantó, porque es la que vivía por ahí.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Una de esas veces se nos hizo tarde y nos cayó la noche por estar

en nuestros fajes. Felipillo me tenía con pantalones abajo cuando llegó el viejo con una linterna, gritando el nombre de su hijo. Lo cachó con sus manos en mi masa. Él solo alcanzó a decir “corre” y yo lo obedecí porque estaba aterrado. El viejo no pudo reconocermé en la oscuridad. Salí hecho la mocha mientras el viejo vociferaba: “Regrésate, hijo de tu chingada madre”. Estaba como loco, si me quedaba, nos mataba a ambos ahí mismo.

—...

—Se desquitó con Felipe. Se lo llevó a su casa y ahí en privado le puso una madriza. Según me contó al día siguiente, su papá estaba obsesionado en sacarle el nombre del otro “joto asqueroso” con quien estaba. Don Felipe Medina tenía todos los deseos de matarme. Pero mi Felipito no cedió, no le dijo, ni cuando el viejo se pasó de lanza. La noche de la madriza, su jefe calentó una plancha de ropa y le quemó las manos. Le dejó ambas palmas bien chamuscadas. Felipillo me contó que mientras su jefe lo quemaba le decía: “Para ver si con esto se te quitan las mañas de jalavergas”. Al otro día llegó a la escuela con las manos vendadas y la explicación que se dio es que se había quemado en la fragua de la herrería familiar. Nunca volvió conmigo a la loma. Cuatro días después, sin poder encontrar quien era el “otro puto que corrompía a su hijo”, Don Felipe decidió irse del pueblo antes de exponerse a la vergüenza, antes de que el rumor se hiciera más grande. Antes de que todos supieran. Es como dices, madrina: “pueblo chico, infierno grande”. Pues el muy cabrón del viejo quiso evitar el infierno a su modo. Le funcionó. Nadie lo supo.

—Don Felipe dijo que había conseguido ya otro trabajo en Chihuahua y que por eso se iba.

–Eso dijo.

–...

–No alcancé a despedirme. Se fue y nunca volvió. Yo creo por eso no me gustan las despedidas, yo creo que por eso hice lo mismo.

–Lo siento mucho, mijo.

–Ahí se me fue la alegría. Seguí yendo a la loma algunos días, pero ya no había rosas, ni vainas de mezquite.

–Lo dices y me duele a mí.

–Luego a los cinco días de que los Medina se fueron, mi tío falleció y ahí se me escurrió lo poco que me quedaba.

–Me duele bastante, de hecho.

–¿Sabe qué es lo que más me quedó atorado de todo aquello? Que mi Felipe se llevó la peor parte, que hasta el último minuto me defendió y que yo no pude hacer lo mismo de vuelta. ¿Está llorando usted también, madrina?

–No soy de palo.

–Me enteré de que los Medina volverían, me lo dijo un compa que andaba aquí en el pueblo antier. Decidí venir. Mucho había esperado el chance de agradecerle a mi Felipito y también decirle que no lo olvido. Decirle que me perdone, ¡que me perdone por tanto! Quise llevarle una rosa, porque es viernes y porque no se me ocurre otra forma.

–Ay...

–Pero ya llevo horas aquí encerrado y de seguro él ya hasta se fue, por el mismo camino por el que entró. Acompañado, como dices, de su hermana Ana Karen, dispuestos a perderse una vez más entre el gentío de la capital.

–Ay, mijito... yo no creo que se queden mucho rato por acá.

–Eso ya lo sé, madrina. Es lógico. Y ahora no habrá rosa. Ni abrazo, ni nada.

- Sí habrá.
- ¿Cómo dice?
- De tu parte al menos.
- ¿Usted madrina? ¿Usted se la podrá dar?
- Sí, yo.
- ¡Ah madrina! Me hace muy feliz, mi Conchita querida.
- Convenenciero.
- Dígale cuánto lo quiero, que no lo he olvidado, que lo siento mucho, que debí buscarlo, que...
- ¿Pasa algo?
- Mejor no le diga nada.
- ¿Por qué?
- Hay mucha vergüenza. Además... No sé qué busco con esto. Ya han pasado catorce años.
- Eso es lo de menos. Eso ya se verá. Por lo pronto ya cortaste dos rosas, ni modo que se desperdicien.
- Pues... no sé... ¿En serio haría eso por mí, madrina?
- Ya qué.
- Pero vaya ahora, que de seguro ya casi se van los Medina, si no es que ya se fueron.
- Seguro ya casi.
- Pues vaya, madrina, por favor, por lo que más quiera, vaya.
- ¿Ahora me corres?
- No, madrina, pero...
- Ya pues. Sí entiendo, no soy taruga. Ya voy...
- ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué me mira así?
- Hay algo bueno en que estés enjaulado.
- ¿Cómo? ¿Por qué me mira así?
- Estás muy cambiado. Tienes amor en la sangre y eso no siempre

es bueno. En tu prisa arruinarías este tu chance, porque es cierto que es tu último chance. Tienes suerte de estar encerrado y de que yo me haga cargo.

—¿Usted cree?

—Lo tengo por seguro.

—...

—Hay que creer más en uno mismo, Luisito.

—No entiendo.

—No me sorprende ¿no será que te estás volviendo tan ciego como el tío?

—Me cae que no entiendo...

—Es todo.

—¿Todo qué?

—Bueno... Dos consejitos nomás, Luis: El primero es que cuando te interrogue el capi, mejor dile que las rosas eran pa' tu novia. Ese es tan incomprensivo como Don Felipe. Y el segundo, que si quieres llorar pues llora, pese a quien le pese... Y eso es todo.

—Sí, está bien, pero... ¿qué?... Madrina, espérese ¿ya se va? ¿no se despide? ¿le dará mis rosas? ¿sus rosas? ¿le dirá todo a Felipillo? Dígale todo. Dígale cuánto lo quiero, dígale que al rato que salga ahora sí lo busco... Madrina, espérese, regrese, quiero que le diga también que... ¿Madrina? ¡¿Madrina Conchita?! Vuelva...

A CORTA VISITA

Después de todo, ¿quién notaría a alguien como Leticia? Y ella tampoco deseaba ser notada, supongo. Era una mujer cotidiana hasta la médula. Su casita estaba junto al cerro y ahí ella prefería pasar su vida en una soledad socarrona. En algún punto de la álgida historia, la gente del pueblo le empezó a apodar “la viuda del yermo”. Lo curioso es que, aunque nadie lo sabía, ella no perdía el buen ánimo. No hablaba con la gente más que para lo extremo necesario, pero no por ser huraña, sino por ser víctima de una timidez demasiado arraigada. En fin, describirla a ella sería estancarse en tropos de aislamiento.

Así se le pasaba la vida a Leticia, llena de rutinas y quehaceres tibios. Se podría decir que la vida le venía distribuida en visitas cortas. Cada dos meses, la vida la visitaba y le traía una nueva arruga para la colección de su frente. Por eso, cada dos meses Leticia se zampaba un trago de anís, con el pretexto de recibir la visita de la vida con candor festivo. Así le seguía la vida a Leticia con una rutina tan inamovible como lastimera. Si en algo se empeñaba, era en mejorar sus habilidades de cocinera, no porque le gustara en sí, sino porque se sentía ducha en ello. Le gustaba la repostería, en múltiples ocasiones horneaba tanto pan como para seis hijos y, sin embargo, todo se lo comía ella sin problemas. Así se le pasaba la vida a Leticia, repetitiva. Hasta sus noches eran predecibles. Por las noches, por media hora se peinaba su pelo rojizo antes de acostarse y, ya en cama, nunca olvidaba rogar a Dios que por lo menos le mandara las migajas de la mesa divina y, si se podía, a algún acomedido con quien compartir las calamidades del tiempo. Así se le amoldaba la vida a Leticia. De vez en cuando le brotaban

mañanas entusiastas para realizar algo fuera del guion, pero sus buenos deseos morían pronto. Toda una inseguridad plenaria: “¡Ah! Pero si tan solo tuviera algo valioso, algo que demostrar...”; se decía la cincuentona para sus adentros.

Solo una actividad le causaba emoción: leer bajo la lila de su patio trasero. Todos los días dejaba sus labores a las once de la mañana para irse a leer algún libro. Todas las mañanas seguía el mismo protocolo: Cargaba una sillita plegable hasta la mera falda del cerro –donde terminaba su propiedad y estaba plantada la lila–, desdoblaba la silla, redoblaba sus delgadísimas piernas, se arrugaba el vestido, sentía la ligera frescura de la sombra y empezaba su lectura en la página en que se había quedado. Para los tiempos de la singularidad, Leticia leía –por enésima vez– un libro de poesía que le fascinaba. Ese libro era su favorito, pero lamentaba no saber quién era el autor, porque era un libro demasiado antiguo y había perdido la portada desde antes de que llegara a sus manos. Aquella mañana no fue diferente a todas las demás, salvo por la credulidad de quien añora un prodigio. Aquella mañana a las meritas once, Leticia ya estaba repasando una línea del poeta de nombre perdido: “*Podrá no haber poetas; pero siempre habrá poesía...*”. Ella sentía que aquel verso le profetizaba el fin del mundo.

En esa ocasión todo fue igual, excepto que sintió en el rostro un molesto candor que además cegaba. Aquello era raro, la lila había olvidado su oficio de brindar sombra. Al punto, Doña Leti creyó que la culpa la tenía el árbol, quizá por crecer con ramas abiertas y lo quiso regañar. Entonces, enfadada buscó arriba de su cabeza el verdoso intento de sombrilla para reprenderlo, pero no encontró ni ramilletes siquiera. Nada tenía sentido, primeramente porque su buen árbol nunca había fallado en su tarea y, secundamente, porque

no estaba donde debía de estar. Leti lo creyó robado. Se preguntó si acaso una nueva ola de robos estaría invadiendo al pueblo, pero ¿quién se robaría un árbol? Por fin, entre lo aturrido de su razonar, optó por hacer algo que debía haber hecho hacía ya rato: dejar de mirar al cielo y mejor mirar para los lados. Asombroso, la lila seguía plantada, pero ahora estaba más lejos de la loma, anormal, en un sitio donde no había estado antes. Leticia no tuvo fuerzas para cerrar la boca en más de cinco minutos. A simple vista no había explicación a tal suceso.

La mente humana tras recuperarse de la estupefacción, suele buscar culpables. Así lo hizo ella. Pensó que algún ocioso habría desenterrado y vuelto a enterrar al indefenso árbol. Sin duda increíble y muy estúpido, pero posible. La teoría se desvaneció al no encontrar rastros de desentierro alguno. Leticia estuvo analizando el suceso por horas. ¿Cómo podía un árbol alejarse del cerro? Fue la dama por su cinta métrica de costura. Midió el terreno. Desde la base del tronco hasta la falda del cerro había casi sesenta y ocho centímetros. Antes estaba pegado, a un decímetro si acaso. Tras un detenido estudio de las anteriores pistas, solo le restó hacer una deducción que sería el principio de una farándula conmovedora. No le quedó más que pensar que el que se movió fue el cerro. Así de simple: el día había nacido con el cerro desplazado casi sesenta y ocho centímetros. Por suerte, el hecho era de una magnitud tan extravagante, que ni siquiera para una señora tan distraída como Leticia pasaría inadvertido. Miró de nuevo al cielo y sonrió ampliamente, sus dientes algo chuecos le lucían como erizados. Aseguraba que su milagro había llegado.

Para las tres de la tarde, pasado el desasosiego y llegada la aceptación, Leticia se arregló con sus mejores atuendos y fue a

visitar a la comisaría del pueblo, pues no se le ocurría otro lugar para dar informe del fenómeno. Leti llegó a la estación cargada de ínfulas y portando su bonito suéter de lana. Aquel lugar era muy colorido como para ser una prisión, el motivo no era secreto: el pueblo era tan bonachón y tranquilo, que los únicos presos eran algunos borrachos de vez en cuando. Los últimos criminales encarcelados en aquel recinto databan del año sesenta y ocho, un par de asesinos que se habían cargado a un montón de señoras al quemar una fábrica.

Justo llegó Doña Leti cuando el alcalde y el comisario interrogaban a un muchacho. Sentados frente al acusado, ambas autoridades le bombardeaban con preguntas sin sentido. El chico parecía vasto hartó, pues llevaba ya dieciocho horas encerrado. La verdad es que para la gente sin qué hacer como el alcalde y el comisario, tener a alguien a quien juzgar era sin duda un regalo del cielo: nada mejor para romper el aburrimiento.

–¡Sí arranqué la rosa! –decía el joven mientras se jalaba el cabello desesperado– Pero no fue con mala intención, solo era un regalo pa’ mi novia.

–¿Y no podía usted haber considerado otro regalo que no fuera en perjuicio de sus conciudadanos?– alegaba el alcalde.

–Querrá decir perjuicio y no prejuicio, señor alcalde– señalaba el comisario.

–Da lo mismo, mi capitán.

–Sí, señor alcalde. Como diga.

–Si es por el daño, Doña Concepción ya me perdonó –contraponía el muchacho–. Además, ¿conciudadanos? ¿De cuándo acá somos ciudad, señor alcalde?

Ya iba el alcalde a contestar con furia, cuando Leti decidió ser oportuna.

–Disculpen... quiero reportar un incidente– dijo Leticia con un hilo de voz.

–¡Un incidente! –el alcalde parecía emocionado y enfrentó al acusado– Usted ya váyase largando. Oh, espérese. Señora ¿tiene que ver el incidente con sus plantas?

–Da la casualidad de que sí– confesó Leticia.

–Usted no va a ningún lado– y el comandante sujetó al joven por la camisa.

–No, señor alcalde, déjelo, estoy segura de que no está involucrado –para entonces Leticia había entendido que todo chisme viejo es fruto de la exageración mundana. Y en lo hondo esperaba que el mitote propio durara más que las dieciocho horas de prisión que podía enfrentar un ladrón de rosas en aquel pueblo. Se miró extrañada, ella misma en su mente había acusado a ladrones botánicos y ahora en cambio defendía a uno. “Todo es cuestión de perspectivas, de prismas” pensó.

–Usted ya váyase largando.

–Gracias...– dijo el ladrón de rosas y se retiró.

–Ahora bien, señora, ¿cuál es el incidente con sus plantas?– cuestionó el comisario con voz de preocupación fingida.

–No, bueno pensándolo bien no tiene nada que ver con plantas.

–Entonces ¿Alguien le robó? ¿La asaltaron?

–¡No! Nada de eso –aclaraba la señora con miedo ante aquellos desvaríos–. Les vengo a avisar que se movió el cerro.

No tendría caso referir todas las carcajadas que desató esa afirmación.

–Eso no es un incidente. Eso es un accidente– gritaba el alcalde sin dejar de reírse.

–Un accidente, un accidente geográfico, señor alcalde– decía el honroso comandante de policía también a las carcajadas.

–Eso quise decir, mi capi, un tremendo accidente geomático.

–Geográfico, señor alcalde.

–Da igual, mi capi, da igual.

Y cayeron más risas. Después de varias horas de explicaciones –y aquí hay que recordar que las autoridades locales no tenían labor alguna– Leticia los convenció de visitar su hogar. La referencia del sitio de la lila con respecto al cerro les pareció una completa falacia, pero sí les agradó el olor a pan horneado y más aún, les gustó probarlo en la cena. Por lo general, la visita de aquellos dos le hizo bien a Leticia: un día con perímetro de encaje. Fue liberador dejar de lado su papel de ermitaña famélica, aunque lo único que consiguió fue que anotaran la longitud en una libreta. Sesenta y ocho centímetros. Triple subrayado. Ellos se despidieron. La noche llegó, ella durmió, el pueblito fue inocente una vez más.

Ahí fue cuando germinó el zumo de toda rareza. La mañana siguiente, cuando Leticia fue a revisar su patio, casi muere por un estallido de adrenalina: el árbol estaba más despegado de la loma. Corrió por su cinta, midió trabajosamente y cayó en el síndrome del cómplice que no puede guardarle el secreto al amigo. Esta vez, la lila estaba a ciento once centímetros, de la base del cerro, por lo que se deducía que se había movido cuarenta y tres centímetros más. Inconcebible. La flama del pueblo se encendió luego de que las mismas autoridades comprobaran lo inédito del acontecimiento: el cerro se movía.

El alcalde convocó a una reunión urgente de cabildo. No sirvió de nada: no se explicaban el asunto, ni sabían cómo proceder. Entonces el alcalde abrió el consejo a una asamblea pública:

–He aquí, que la geomática nos dice con sus misterios cosas que no queremos oír, pero que debemos escuchar– decía el alcalde en

el discurso inaugural de la asamblea municipal, sin saber a ciencia cierta a qué rayos se refería.

La mitad del pueblo estuvo presente en la asamblea. La otra mitad o no lo creyó o no le importó. En la asamblea, las hipótesis no se hicieron esperar: causas geológicas, religiosas y hasta políticas se escucharon. No se llegó a nada, pero eso sí, a partir de entonces la gente de la zona habló más de Leticia y su cerro mágico. Al día siguiente, la sorpresa se tornó más magnífica cuando las mediciones comprobaron que el cerro se alejó otros sesenta y ocho centímetros. Y en el día que le siguió al referido, los datos indicaban que volvía a alejarse, esta vez de nuevo a cuarenta y tres centímetros. Así, conforme pasaban los días, el cerro se alejaba más, siempre a la misma proporción: sesenta y ocho centímetros un día y cuarenta y tres centímetros al siguiente día. De tal forma se siguió repitiendo el patrón, día tras día, hasta constituir un misterio alarmante.

La vida se modificaba y quería enroscarse para efectuar la visita definitiva a la viuda del yerno. La gracia quiso hacer espacio en la agenda de Leticia. Disfrutaba tanto de la popularidad, que hasta cambió sus hábitos. El alcalde no se conformó: atrajo a los medios de comunicación nacionales y esto, a su vez, despertó el interés científico. El pueblo cotizaba una investigación deliciosa. Llegaron a esa campaña científicos de todo el mundo. Analizaron el suelo, pues intuían que la que se hundía era la casa con todo y lila por estar asentada en suelo inestable, pero resultó falso, la tierra era tan dura como la convicción pueblerina. Especularon entonces sobre un desplazamiento tectónico, pero descubrieron cuán lejana estaba la más próxima falla y cómo no había rastro de límites de colisión. Las fotos de satélite demostraron que, efectivamente, el cerro se deslizaba, pero ocurría de pronto, justo a las 00:00 hrs. De un

segundo a otro, ya tenía una posición distinta, era un movimiento tan rápido que figuraba como indetectable. Esto explicaba por qué muchos intrigados se trasnochaban y aun así no notaban cuándo se les iba el cerro, solo de repente ya estaba más lejos. Surgió otra teoría: el cerro no se movía, aparecía más terreno entre la lila y la falda, porque las entrañas de la tierra escupían material. La suposición quedó desarticulada cuando se descubrió que las dimensiones del globo terráqueo seguían siendo las mismas.

Leticia permitía que los doctos tuvieran su campamento en el patio. Habían pasado ya tres meses desde el primer desplazamiento. Solo deseaba en sus adentros que no hallaran la respuesta. Por eso mismo, ella ya hacía mucho no la buscaba. Sentía que encontrar una solución sería el fin de su fama. Además, ella se empezaba a encariñar con los coqueteos correspondidos del alcalde, quien –bajo pretexto de supervisar el área de investigaciones– visitaba a la viuda diariamente.

Esa noche fue meditabunda para Leticia. Al otro día sería su cumpleaños cincuenta y uno, y por fin los astros se habían alineado para lograr expansiones prometedoras. Tenía la esperanza de vivir un cumpleaños alegre. El día en que había nacido, en un marzo de 1968, el pueblo antes de celebrar el brote de una nueva vida, se había volcado a relamer la muerte. Leti llegó al mundo como escondida, como echada al ruedo con levedad y sigilo. Había llegado sola, sin ayuda, jalada por los únicos brazos de su madre, sin testigo alguno. Era única, pero lo único también puede ser alienado. Pasaron cincuenta y un años, y así se le escurría la vida a Leticia. De niña le preguntaba a su madre por qué el pueblo siempre elegía su cumpleaños para vestirse de negro y juntarse a rezar muchos rosarios. La señora, con algo de pelos en la lengua, le contaba que

ese día se amontonaba la pena en los pechos ajenos por culpa del hombre y el fuego. A Leticia nunca le quedó claro, pero sofocó su curiosidad porque no le gustaban esos menurjes religiosos por lúgubres. Nunca fue devota, ni iba a la iglesia, aunque creía que arriba en las nubes un barbudo escuchaba plegarias, por eso rezaba tanto. Nunca entendió por qué su madre no le explicó a detalle que el día de su natalicio coincidió con una tragedia. Ese día, en 1968, el incendio en una fábrica de hilados había cobrado cuarenta y tres vidas. A razón de todo aquello, esa noche se le azuzaba la esperanza de por fin tener un cumpleaños feliz donde el pueblo, con el ánimo encendido, se olvidara —aunque fuera por un año— de los lutos y las veladoras, para ahora sí celebrar en serio.

Esa noche fue meditabunda. Se levantó y miró por la ventana, desde ahí se veía su cerro y el camino que lo bordeaba por el extremo derecho para seguir serpenteando hasta abandonar el pueblo. Admiró la postal que le traía la vista: aquella montaña le había cambiado la vida. El cielo estaba despejado y las estrellas latían a borbotones, dejando bien iluminada la tierra del camino de entrada al pueblo. Dicen que cada camino tiene la capacidad de dejar entrar y dejar salir. Eso mismo reflexionó ella.

Justo entonces, sumida en la contemplación de lo lejano, se dio cuenta de algo insólito pero minúsculo, algo que nadie había notado. Aquello era casi imperceptible —y más imperceptible para quien no quería ver—. Leticia estaba absorta, ahora todo tenía sentido: lo realmente maravilloso era admitir que algo tan pequeño hubiera creado tanta conmoción. Siguió mirando ese diminuto detalle. Todos habían tratado de explicar el movimiento del cerro acudiendo a las más complejas teorías, pero habían descuidado lo obvio. Entonces se sintió idiota ¿cómo no lo había pensado antes?,

todo estaba clarísimo, la respuesta de por qué el cerro se desplazaba era más sencilla de lo que cualquiera hubiera sospechado. Le retumbó en las orejas una vieja profecía: “*podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía*”. Y se le plantó la certeza perfecta de que de alguna manera el mundo se le acababa en ese segundo. Miró las estrellas y cuán humildes le eran; ya no brillaban tanto como hacía unos minutos. Así se le venía la vida a Leticia, a corta visita. Sonreía: “No lo contaré...”, dijo.

ÍNDICE

¿A DÓNDE SE HA IDO?	21
NO HAY RÍO.....	39
EL ÚLTIMO FOTOGRAMA.....	47
SEMILLAS DE GIRASOL.....	63
SE PREPARÓ EL JINETE.....	75
MARIOTO	85
DOS ROSAS	88
A CORTA VISITA	101

JESÚS EDUARDO
MORALES HERNÁNDEZ



2019

Este libro se terminó de imprimir en el año 2019
Consta de un tiraje de 500 ejemplares

Impreso y hecho en México en
Litográfica IMAP, S. A. de C. V.

Av. Octavio Paz No. 185
Complejo Industrial Chihuahua
Chihuahua, Chih.
Tel. (614) 481-01-55

www.imapcolor.com



PRIMERA EDICIÓN
AÑO 2019



Las cortas visitas

JESÚS EDUARDO MORALES HERNÁNDEZ



“El pobre reportero no cabía en la retórica de los rancheros. El agua, en el cuerpo de la gente del norte, se nos evapora en las vísceras y nos enseña a traer el azufre encendido. Así es la gente desértica, con mucha sed, pero no se nos nota” - Estas son las cortas visitas, un vistazo breve a esa mágica cotidianidad que día a día envuelve a un pueblo que pudiera ser cualquier lugar del norte de México, donde la aridez de su gente contrasta con la calidez de los corazones. En la narrativa de Morales viajamos al pueblo donde bajo el ojo de sus habitantes no sucede nada, pero a los ojos de los extraños, el diario acontecer puede tornarse sublime.

Judith Gardea

